6990

MEFISTÓFELA

COMEDIA-OPERETA

en tres actos, en prosa, original

DE

Jacinto Benavente

MÚSICA DEL MAESTRO

PRUDENCIO MUÑOZ

ESTRENADA

en el Teatro Reina Victoria el día 29 de Abril de 1918.

Copyright by Jacinto Benavente, 1918.

Administración de las obras teatrales
DE JACINTO BENAVENTE
MESON DE PAREDES, 6 Y 8, 2.°—HORAS: DE DOS Y MEDIA A CINCO

Depositaría de los libros-comedias:
Vda. DE G. PUEYO, ARENAL, 6. LIBRERIA

1918

MEFISTÓFELA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MEFISTÓFELA

COMEDIA-OPERETA

en tres actos, en prosa, original

DE

Jacinto Benavente

MÚSICA DEL MAESTRO

PRUDENCIO MUÑOZ

ESTRENADA

en el Teatro Reina Victoria el día 29 de Abril de 1918.

Copyright by Jacinto Benavente, 1918.

MADRID
V. H. Sanz Calleja.-Editores e Impresores.
Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23.
Teléfono 1.788
1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LILÍ (MEFISTÓFELA).....	Srta. Hidalgo.
MARGARITA	Haro.
ELSA.....	Sra. Mesejo.
TEDA	Torres (P.)
HORTENSIA	Saavedra.
CONDENADA.....	
LA CONDESA.....	Pinillos.
JULITA.....	Lledo.
CONDESA.....	
CONDENADA.....	Santamária.
CONDENADA.....	Fontana.
MEFISTÓFELES	Sr. Barreto.
BELCEBÚ	Moncayo.
EL DOCTOR FAUSTO	Lorente (J.)
LUCIFER.....	Solá.
EL CONDE.....	Gandía.
BOMBÓN	Lorente (E.)
OCTAVIO	Barba.
LUCÍFUGO.....	Cábases.
ASTAROT	Gutiérrez.
SATANAQUIA.....	Rodríguez.
FEDERICO	Suárez.
UN UJIER.....	Britur.
UN MARINERO.....	Niña Vega.

Condenadas, condenados, diablos, diablillos, discípulos, discípulas, oficiales, marineros, etc., etc.

(La acción del acto primero, en el infierno; segundo y tercero, en la tierra.)

EPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

El despacho de Lucifer. Grandes cortinas al foro que se descorrerán a su tiempo.

ESCENA I

UN UJIER, LUCÍFUGO Y SATANAQUIA

UJIER — Pasen sus excelencias. Su Majestad está en el baño.

LUCÍFUGO — ¿Somos los primeros?

UJIER — Sí, excelencia; pero no tardarán en llegar los demás señores ministros. Las órdenes para reunirse en Consejo han sido urgentísimas; los ujieres hemos andado de cabeza. ¿Mandan algo sus excelencias?

SATANAQUIA — ¿Tienes a mano un perfumador? ¿No advertís un olor extraño?

UJIER — ¡No es nada! Huele a cuerno quemado; Su Majestad toma el baño demasiado caliente. Perfumaré con azufre; aunque ahora anda escaso; hay gran exportación a la tierra.

SATANAQUIA — Los mortales hacen gran consumo para matarse antes de tiempo.

LUCÍFUGO — Por lo visto, la vida se les hace demasiado larga.

607919

SATANAQUIA Pues ¿qué dirán cuando vengan a cualquiera de estos sitios en donde no se acaba nunca y cada uno por su estilo son tan aburridos? Al Paraíso, según dicen, ya no hay quien quiera ir; al infierno cada día vienen menos.

LUCÍFUGO El Purgatorio es el que está más favorecido.

SATANAQUIA Siempre ha sido el predilecto de la clase media; es natural; de los que quieren y no pueden.

LUCÍFUGO Y el Limbo, el Limbo sobre todo.

UJIER (Anunciando.) Sus Altezas el Príncipe Belcebú y el Gran Duque Astarot.

ESCENA II

DICHOS, BELCEBÚ y ASTAROT

LUCÍFUGO Altezas...

BELCEBÚ Mi querido Lucífugo... ¡Oh, el gran canalla de Satanaquia!

SATANAQUIA Tanto honor, Alteza. Supongo que Sus Altezas seguirán tan sinvergüenzas como la última vez que tuve el honor de saludarles.

BELCEBÚ No, tanto, no tanto. Yo hace días que estoy algo delicado.

LUCÍFUGO Pues hay que cuidarse.

BELCEBÚ El veraneo no me ha probado bien.

SATANAQUIA ¿Dónde ha veraneado Vuestra Alteza este año?

BELCEBÚ En Cafrería; demasiado frío.

LUCÍFUGO Y, ¿qué idea os dió de veranear en un clima tan destemplado?

BELCEBÚ Ordenes de Su Majestad; parece ser que de Cafrería no llega nadie al Infierno desde hace muchos años; había que hacer propaganda.

ASTAROT No sólo de Cafrería; esto es un negocio per-

dido. No viene casi nadie. La crisis del Infierno es un problema pavoroso.

BELCEBÚ — A eso creo que obedece la premura de este consejo extraordinario. Su Majestad está muy preocupado.

ASTAROT — Es para preocuparse.

UJIER — (Anunciando.) Su Majestad.

ESCENA III

DICHOS y LUCIFER

LUCÍFUGO — Majestad...

SATANAQUIA — Señor...

BELCEBÚ — Gran Lucifer...

LUCIFER — Supongo que os habrá fastidiado mucho esperarme.

BELCEBÚ — Ha sido una verdadera falta de educación de la que estamos muy complacidos.

LUCIFER — Supongo que todos habéis leído la comunicación que os he enviado citándoos a Consejo. Creo que no he podido estar más grosero.

ASTAROT — De otro modo no nos hubiéramos apresurado a venir.

LUCIFER — Gran Duque Astarot. ¿Por qué no has dejado los cuernos en la antecámara? ¿No sabes que es de etiqueta?

ASTAROT — Señor, ha sido una distracción. (Entregándole los cuernos al ujier.) Tomad.

LUCIFER — En la discusión pudieras acalorarte... Ya podéis suponer los motivos que me han determinado a reuniros en Consejo extraordinario. La situación es gravísima. Este mes sólo han entrado en nuestro reino catorce mortales; y cuatro han venido por equivo-

cación; lo que quiere decir, que son unos infelices de los que no podemos sacar partido. Lo peor es que van escaseando las mujeres y las pocas que llegan son horribles; feas como demonios. Como comprenderéis, para ese viaje no necesitamos alforjas; ya somos aquí bastantes. Además, todas las que llegan, ya tienen aquí esperándolas a sus maridos, y ya sabéis que es práctica constante de mi reino no separar de ningún modo a los matrimonios. Dejaría de ser esto el Infierno. ¿Remedios para esta crisis, que bien pudiéramos llamar en lenguaje mundano de las subsistencias? Iluminadme, pero sin discursos.

BELCEBÚ Señor, yo creo que en estos últimos años hemos descuidado mucho la propaganda.

LUCÍFUGO Y en cambio se nos ha combatido mucho.

LUCIFER Ese mal es antiguo. El Infierno ha tenido siempre muy mala prensa. La buena, que es la mala, nos ha hecho siempre mucha guerra. Dicen que esto es un reino infecto, que aquí achicharramos a la gente... Ya veis, cuando sólo tenemos una excelente calefacción central, que ahora nos cuesta carísima.

ASTAROT Yo creo, en mi soberbia opinión, y ya sé que no faltará algún otro granuja que opine lo mismo que yo...

TODOS ¡Muy bien! ¡Bravo!

ASTAROT Que los diablos ya no saben tentar como es debido.

TODOS ¡Eso, eso! ¡Muy bien! ¡Ahí le duele!

ASTAROT Y, ¡ah, señores! Todos sabemos que desde los comienzos del mundo hasta nuestros días, desde el Paraíso Terrenal, que se pierde en la noche de los tiempos, hasta esos otros paraísos de los teatros, que se pierden en las noches del cine, la tentación, la tentación ha sido siempre nuestra arma más poderosa; sin la tentación...

LUCIFER Discursos, no.

ASTAROT Sólo me faltaba un latiguillo.

LUCIFER Muy bien. Aplaudid todos; como si lo hubiéramos oído. Discursos a un lado; yo creo que, en efecto, el ministerio de las tentaciones está muy desatendido. Habrá que dividirlo en dos.

LUCÍFUGO Permitid que os proponga un candidato para la división.

LUCIFER ¿Habéis visto nada más confortable, fresco, como dirían en el mundo, que vuestro ilustre colega? Si fuera hombre mortal, me propondría un yerno suyo.

LUCÍFUGO Iba a proponeros algo mejor. ¡Ah, señores!

LUCIFER Sin discursos.

LUCÍFUGO Pues bien, señores; el Infierno que tanto tiene que agradecer a las mujeres, pues a ellas debemos nuestro mayor contingente de inmigración, y gracias a ellas el Infierno cuenta con numerosas sucursales en la tierra, no ha correspondido por ahora a esos favores. Es mi opinión, que en el Infierno, antes que en parte alguna, debe triunfar el feminismo. La mujer debe ser nuestra más poderosa aliada; debemos concederle parte activa en la gobernación de nuestro reino.

LUCIFER No me parece ninguna tontería; pero ya sabes que soy enemigo de las reformas radicales.

ASTAROT Propongo un ensayo.

LUCIFER Tratándose de mujeres, los ensayos son muy peligrosos.

BELCEBÚ Además, para que una mujer pueda ascender a nuestra categoría, sólo hay un medio, el matrimonio con cualquiera de nosotros; sólo así puede gozar de nuestros privilegios, y eso... sería horrible.

LUCIFER Horrible y todo, me parece la solución más acertada. La única aceptable.

ASTAROT — Y de novedad.

LUCÍFUGO — Ya lo dijo un poeta en la tierra: o renovarse o perecer.

LUCIFER — Eso, eso; Renovación; es la palabra de moda entre los vivos.

ASTAROT — Renovación es una fórmula.

BELCEBÚ — Es un específico; sirve para todo.

LUCIFER — Como ha dicho muy bien el insigne Lucífugo, los demonios ya no tientan como es debido; necesitamos demonias, que sin duda, se darán mejor maña. Las demonias han de elegirse entre las condenadas más eminentes por oposición o por concurso, sin trampas ni recomendaciones como en la tierra; y, para ascender a la excelsa categoría de demonia, no hay otro medio que el matrimonio con un demonio.

BELCEBÚ — ¡Un demonio!

LUCIFER — Ahora bien; yo sería el primero dispuesto a sacrificarme en aras de la prosperidad y grandeza de mi reino y hasta tengo pensado quién había de ser mi consorte.

ASTAROT — En mi acertada opinión, yo creo que para ser vuestra esposa, no hay más que tres candidatos posibles: Elena de Troya, Cleopatra o Mesalina.

LUCIFER — Déjame de antigüedades; yo me traeré una fresquita de la tierra. ¡Hay unas segundas tiples en el Reina Victoria! Pero antes de legislar en tan grave asunto como sería el matrimonio obligatorio, aunque en obsequio a los demonios pudientes, tendremos maridos de cuota que sólo servirán tres meses al año; empezaremos por un tímido ensayo; que se case uno de nosotros y veremos cómo se porta la señora. Si el experimento da resultado, nos casaremos todos; yo el último, porque de no ser el primero, ya no tengo prisa...

BELCEBÚ — Muy bien. Y, ¿quién se casa?

LUCÍFUGO Los que formamos parte del gobierno debemos permanecer a la expectativa.

SATANAQUIA Eso es; debemos ser observadores desapasionados.

ASTAROT Ver los toros desde la barrera.

LUCIFER El símil es un poco atrevido, pero exacto. Me atrevo a proponer que el primer marido infernal sea Mefistófeles. Como sabéis, es un diablo de mundo; es el que ha hecho más vida de sociedad, el que mejor conoce a las mujeres y a los hombres.

BELCEBÚ Sí, sí, admirable.

ASTAROT. Mefistófeles nos parece muy bien.

LUCIFER ¡Hola, un ujier! Avisad a Mefistófeles que se digne comparecer ante el Consejo.

ESCENA IV

DICHOS y MEFISTÓFELES

MEFISTÓF. No es necesario; ya estoy aquí.

LUCIFER Así me gusta.

MEFISTÓF. La costumbre de la ópera.

LUCIFER Te presentas al primer aviso.

MEFISTÓF. Como ya sé de lo que se trata, no he querido esperar al tercero.

LUCIFER ¿Te has enterado ya de todo?

MEFISTÓF. No sería yo quien soy: Mefistófeles. Aquí me tenéis dispuesto al sacrificio.

LUCÍFER Lo suponía. Aunque nunca has querido formar parte de los Consejos de la Corona, y te alabo el gusto.

MEFISTÓF. Señor, ya sabéis que no hay nada tan lucido como ser siempre de la oposición.

LUCIFER Es verdad; en el Poder no puede uno pedir gangas.

MEFISTÓF. Al contrario; se las piden a uno.

LUCIFER Tú nunca has sido un primo como éstos.

BELCEBÚ ¡Señor! (Todos saludan.) Tú conoces el mundo mejor que todos nosotros, a sus hombres y a sus mujeres ¿No es verdad?

MEFISTÓF. ¡Ya lo creo! Conozco el mundo como si lo hubiera hecho.

LUCIFER Sí, Mefistófeles, eres lo que se dice un diablo de mundo. Por eso te aprecio y te distingo más que a todos. Eres el más sinvergüenza de mi reino, sin despreciar... Por eso he pensado en tí para este ensayo matrimonial. El Infierno necesita diablesas. El Ministerio de las Tentaciones está muy descuidado. Los demonios machos, por negligencia o por cansancio, ya no trabajan como sería preciso para contrarrestar la crisis de inmigración que amenaza a nuestro reino. Y aun no os he comunicado la noticia más alarmante. ¿No habéis leído los últimos periódicos del Mundo? ¡Es una friolera! ¡Nunca nos ha amenazado un peligro tan grave! ¡Sería horrible!

MEFISTÓF. Lo sé todo. Aquí traigo los papeles.

LUCIFER Pues lee, para que mis ministros se enteren, que siempre son los últimos a enterarse.

MEFISTÓF. (Lee.) «Según se asegura en los centros cien»tíficos, el doctor Fausto de Infundimburgo »lleva muy adelantados los experimentos de »una vacuna profiláctica, que el sabio doctor »ha bautizado con el nombre de 404.»

SATANAQUIA ¡Capicúa!

LUCIFER ¡Silencio!

MEFISTÓF. «Se trata de una serie de inyecciones de un »suero especial que previene y evita los estra»gos de cuantas pasiones, vicios y pecados »perturban y trastornan a la humanidad: »El amor, la ira, la ambición, etc. Los ensayos, »especialmente en lo que al amor se refiere, »han sido muy satisfactorios. El doctor ha

»inoculado a varios de sus discípulos y dis-
»cípulas, y los efectos han sido rapidísimos y
»concluyentes. Uno de sus discípulos, des-
»pués de dos inyecciones, ha resistido los
»ataques de cinco viudas de más de cuaren-
»ta años, que, como es sabido, son las más
»peligrosas; de tres bailarinas rusas y de dos
»cupletistas. Las discípulas, por su parte,
»han permanecido incólumes ante los ata-
»ques de tres oficiales de caballería, dos so-
»cios del Superchic club y cuatro viejos ver-
»des, provistos de sendos pendentifs de bri-
llantes.»

LUCIFER ¿Qué os parece? Ese descubrimiento sería nuestra perdición, nuestra ruina. Vacunada la humanidad contra las pasiones, los vicios, los pecados, ¿qué sería del Infierno y de cuantos le gobernamos? Contra ese doctor hay que combatir por todos los medios. Y se llama Fausto, como el que tanto te dió que hacer en otro tiempo.

MEFISTÓF. Y del que no puedo quejarme, porque a él debo mi reputación.

LUCIFER Sí, pero al fin consiguió burlarse de tí, y en el Paraíso le tienes con su Margarita.

MEFISTÓF. Es verdad; las mujeres pueden más que el demonio.

LUCIFER Por eso hay que darles la alternativa. La que sea tu esposa, elevada a la categoría de diablesa, ha de servirnos para seducir a ese doctor y obligarle a destruir su invento; de otro modo, estamos perdidos.

MEFISTÓF. Está muy bien; pero si la que ha de ser mi esposa ha de seducir a ese doctor por todos los medios, quiere decir que yo...

LUCIFER ¿Qué te importa? A un diablo, ¿qué puede añadirle el matrimonio que ya no tenga?... Uno más, uno menos... Sólo falta elegir a la primera mujer que oficialmente ha de ser

elevada a la categoría de diablesa. La elección es difícil. ¿Tú has pensado en alguna?

MEFISTÓF. No tengo criterio cerrado.

LUCIFER ¿Prefieres alguna de la antigüedad, o estás, como yo, por las frescas?

MEFISTÓF. Yo creo que las de ahora están mucho más endemoniadas.

LUCIFER Lo mismo creo. ¡Hola, un ujier! Avisad a las oficinas, que se disponga todo para una revista de condenadas; pero sólo las jóvenes y guapas. Y ahora, hasta que estén dispuestas para la revista, podéis retiraros a descansar; yo también me retiro. Dentro de un rato volveremos a reunirnos para la elección.

TODOS ¡Señor! ¡Gran Señor! ¡Majestad! (**Salen todos, menos Mefistófeles y Belcebú.**)

ESCENA V

MEFISTÓFELES y BELCEBÚ

MEFISTÓF. ¿Qué os parece?

BELCEBÚ Su Majestad está desatinado. El día en que las mujeres tuvieran el mismo poder que nosotros, estaríamos de sobra.

MEFISTÓF. ¿Y por qué se ha dignado elegirme a mí para la probatura? Esas pruebas se hacen con un gato, como dicen en la tierra. Pero no se saldrá con la suya. ¿Quiere ponerme en ridículo? No lo conseguirá. El fracaso femenino será completo. Yo estorbaré cuanto mi nueva diablesa consorte intente para seducir a ese doctor Fausto de Infundimburgo. ¡Guerra al feminismo!

BELCEBÚ ¡Guerra! Contad conmigo para todo.

MEFISTÓF. Gracias. Siempre os tuve por el más indecente de los ministros. Si todos fueran como vos, de otro modo andaría esto. Ahora decidme:

yo desde hace tiempo, no he visitado las oficinas; no conozco a las últimas condenadas. Ando tan ocupado con los negocios de exportación... Aunque tengo un buen corresponsal en la Tierra.

BELCEBÚ Ya sé quién es.

MEFISTÓF. ¿Quién no lo sabe? Para negocios de exportación, no hay otro. ¿Conocéis a alguna condenada reciente que valga la pena?

BELCEBÚ ¡Oh, sí! Hay muchas muy interesantes. Dos envenenadoras que han tenido casa de huéspedes, una literata, varias divorciadas... Hay una muy interesante, norteamericana, divorciada cinco veces, guapa, distinguida, de la piel del diablo. ¿Queréis conocerla? Avisaremos por el teléfono sin hilos... Ya está. (Entra un ujier.)

UJIER Gran señor.

BELCEBÚ ¿No habéis recibido una orden telefónica?

UJIER Del Negociado correspondiente contestan que es imposible complacer a Vuestra Alteza. Las condenadas no están en el Infierno en este momento; están en la gloria.

BELCEBÚ ¿Cómo es eso? ¿Una revolución? ¿Una fuga? ¡Sólo esto nos faltaba!

UJIER Tranquilícese Vuestra Alteza; quiero decir que están en la gloria, porque ha llegado al Infierno un modisto y trae las últimas novedades. Con este motivo no hay quien pueda con ellas. Desde aquí se oye la algarabía.

MEFISTÓF. Es verdad. ¡Cómo gritan esas condenadas!

ESCENA VI

DICHOS y LUCIFER

MEFISTÓF. ¡Señor!

BELCEBÚ ¡Majestad!

LUCIFER ¡Ah, Mefistófeles! ¿Estás aquí todavía? Me

alegro. (Al ujier.) Que vuelvan a citar a Consejo en seguida. (Sale el ujier.) Ante la magnitud del peligro, hay que proceder con urgencia. Mis secretarios han examinado en un periquete los expedientes de las condenadas más distinguidas y tenemos cinco o seis candidatos, entre las cuales puedes elegir la que más te agrade. Todas son de mucho cuidado, y cualquiera de ellas hará una diablesa excelente. Aquí tienes sus fotografías; en traje de Mundo y en traje de Infierno; con las modas terrenales de ahora hay poca diferencia.

MEFISTÓF. Como guapas, son guapas.

LUCIFER Lo mejor que hemos recibido estos días.

MEFISTÓF. (A Belcebú.) ¿Es alguna de estas la de los cinco divorcios?

BELCEBÚ Permitidme... Sí; esta, esta es. ¿Qué os decía yo? Guapísima; peor que guapa, como dicen los franceses. Tiene un no sé qué... Gancho, gancho. En vuestro caso, yo no lo pensaría más.

MEFISTÓF. Y no lo pienso; ya está decidido. ¿Le parece bien a Su Majestad?

LUCIFER Admirable. Creo que nos dará muy buen resultado. Te advierto que como aquí se difunden las noticias con la rapidez del rayo, hay gran revuelo entre las condenadas. Todas aspiran al honor de ser ascendidas a diablesas, y cuando han sabido que eres tú el que podías elevarlas a esa categoría... Tienes mucho partido con las mujeres. De todas partes me llegan recomendaciones; hasta del Paraíso; ahora estamos en muy buenas relaciones diplomáticas. Pero yo no atenderé ninguna. Aquí llegan los Ministros. ¡Señores!..

ESCENA VII

DICHOS, ASTAROT, LUCÍFUGO y SATANAQUIA

LUCIFER — Como no estamos para perder el tiempo, que aquí es la Eternidad, de acuerdo con el interesado, queda proclamada primera diablesa, con todos los honores y prerrogativas inherentes al cargo, la distinguida condenada cuya fotografía va unida al expediente.

ASTAROT — Permitid; ese acuerdo es anticonstitucional; no se ha consultado a los Ministros.

SATANAQUIA — Digo, como aquí...

LUCIFER — Pero cacho de primos, ¿a qué os ponéis tontos? ¿No sabéis que si no estáis de acuerdo conmigo, sois vosotros los que dejáis de ser Ministros y yo me quedo tan tranquilo y tan constitucional?

LUCÍFUGO — Queremos salvar nuestra responsabilidad ante la opinión.

LUCIFER — Pues salvadla; vengan las dimisiones.

ASTAROT — Eso no; ya la hemos salvado. Ahora queremos salvar a Vuestra Majestad, y continuamos en el Poder imponiéndonos un sacrificio. En las actuales circunstancias os sería muy difícil encontrar quien se encargara del Gobierno.

LUCIFER — Demasiado sabéis que siempre hay un Gobierno a la altura de la circunstancias. Pero bueno es que lo hayáis pensado mejor. Una crisis siempre perturba. Procedamos sin dilación a la ceremonia. Abranse mis salones. (Se descorren las cortinas del foro y se descubre un salón iluminado.) Belcebú, tú serás el introductor de la desposada. (Sale Belcebú.)

ASTAROT — Yo me encargo de las maldiciones. Se servirá un espléndido refresco, habrá iluminaciones

y una gran función de hielos artificiales, que es el festejo más agradecido en el Infierno. Señores, la ceremonia empieza.

ESCENA VIII

Entra LILÍ en traje de novia infernal, BELCEBÚ, condenadas y acompañamiento.

LUCIFER (Saludándola.) Aquí llega la desposada radiante de hermosura. Encantadora... ¿Cómo te llamas? Sois tantas, que no es fácil recordar...

LILÍ Lilí Simpson, si Vuestra Majestad no manda otra cosa.

LUCIFER Lilí Simpson en el Mundo; desde hoy, Mefistófela. Aquí tienes al que ha de ser tu marido, el que ha de elevarte a la categoría de diablesa, revestida de todo el poder y de todos los privilegios correspondientes a su jerarquía infernal.

LILÍ Ya tenía el gusto de conocerle.

MEFISTÓF. ¿Sí? No recuerdo...

LILÍ De Montecarlo, de París, de Nueva York... Es uno de los diablos que más me ha tentado.

MEFISTÓF. Es posible... He corrido tanto por esos mundos...

LILÍ Yo creo que no ha sido él quien ha tenido menos culpa en mis cinco divorcios... ¡He sido siempre tan sensible a las tentaciones!...

MEFISTÓF. Pues yo no he sido nunca muy tentador. Un mal aficionado nada más. Y siempre en cumplimiento de órdenes superiores.

LILÍ Si no me pesa; me he divertido mucho en el mundo, y ya que debo volver a él, estoy dispuesta a seguir divirtiéndome todo lo que pueda.

MEFISTÓF. Es todo un programa matrimonial.

LILÍ Supongo que los demonios no seréis tan ri-

dículos como los hombres y no daréis importancia a esas tonterías.

LUCIFER ¡Qué disparate! Mefistófeles es un diablo de Mundo. Al contrario; tu misión en la tierra es pervertir y trastornar a todo el que se ponga a tu alcance. Apenas te hayas casado, volverás al Mundo; ya está dispuesto el aeroplano que ha de llevarte. Estas son las instrucciones especiales que has de cumplir punto por punto, si quieres mostrarte digna de tu jerarquía.

MEFISTÓF. ¡Bonito viaje de novios!

LUCIFER ¿Cómo de novios? Tu mujer irá sola. Para nada te necesita... Es decir, si no tienes gusto en apreciar por tus propios ojos.

MEFISTÓF. No, ninguno; ya me lo figuro todo.

LUCIFER ¡Ah! ¡Es guapísima! Y de una distinción... La toilette de desposada es tan original como de buen gusto... ¿Qué te parece, Mefistófeles? El prendido de naranjas es muy delicado.

MEFISTÓF. Sí, ya me he hecho cargo. De modo que en vez del simbólico azahar...

LUCIFER Ya lo ves: naranjas de la China... Aquí no se engaña a nadie como en el Mundo... Después de... ¿No han sido cinco divorcios?

LILÍ Cinco divorcios y más de cincuenta y siete motivos para cada uno de ellos.

LUCIFER Acercáos... Firmad el contrato... Estás muy bien dotada... Ya lo creo que estás bien dotada.

LILÍ Favor que me dispensa Vuestra Majestad.

LUCIFER Quiero decir en trajes, joyas... metálico, todo en pesetas, que es la única moneda decente que ha quedado en el Mundo. Pincháos en el brazo izquierdo con esta plumita y firmad aquí con vuestra sangre... Es la costumbre en todos nuestros pactos y compromisos.

LILÍ ¿No me dolerá mucho?

LUCIFER Yo te pincharé con mimo.

LILÍ No pinchéis en hueso.

LUCIFER No tengas cuidado... Hay donde, hay donde pinchar... ¡Qué brazo, qué brazo! ¡Y qué alrededores!... Este Mefisto es el diablo de la suerte... Te tengo envidia.

MEFISTÓF Señor... Aún estamos a tiempo.

LUCIFER No, no. ¿Para qué? Las mujeres de nuestros amigos son nuestras mujeres, como dijo La Rochefoucauld.

LILÍ ¡Ay!

LUCIFER La firmita... Ahora un poco de tafetán... y aquí no ha pasado nada... Firma tú, Mefistófeles... Bebed ahora los dos en la copa de los siete pecados... Basta con un sorbito.

LILÍ ¡Ay! ¡Me abraso! No sé qué siento.

LUCIFER Ya eres diablesa... Ya puedes darme un beso.

LILÍ Con mucho gusto... ¡Ay! Estos besos del Infierno saben mejor que los de la Tierra.

MEFISTÓF. ¡Ya empezamos!

LUCIFER Acercaos todas, felicitad a vuestra compañera. Es el primer matrimonio infernal... en el Infierno y espero no será el último! ¿Qué os parece?

TODAS Eso, eso ¡Matrimonio, matrimonio!

UNA ¡Estamos tan aburridas!

OTRA ¡Con tanto calor!

OTRA Aunque no sea más que como un refresco...

TODOS ¡Matrimonio, matrimonio!

BELCEBÚ ¡Cómo se ve que estáis recien sacadas del horno!

UNA Estamos achicharradas.

OTRA Estamos fritas.

BELCEBÚ Pues aire, niñas, aire.

TODOS Matrimonio, matrimonio.

LUCIFER ¿Estás contenta?

LILÍ Contentísima. ¡Volver al Mundo! Perdonad, pero el Infierno es muy aburrido; yo me figuraba otra cosa.

LUCIFER — Lo tenemos algo descuidado; pero ha tenido épocas muy brillantes... Gracias a tí y a las que como tú vayan ascendiendo a diablesas, pronto recobrará su antiguo esplendor.

CONDE. 1.ª — ¿Y habrá muchas bodas?

OTRA — Supongo que yo estaré en turno preferente.

OTRAS — ¡Y yo! ¡Y yo!

LUCIFER — ¡Silencio! ¡Orden!

CONDE. 1.ª — Habrá que intrigar y buscarse recomendaciones. De otro modo...

LILÍ — ¡Oiga usted! ¿Qué es eso de intrigar y de recomendaciones? A mí me han elegido por méritos indiscutibles... Ahí está el expediente...

CONDE. 1.ª — ¡Valientes méritos! Engañar a cinco maridos tontos, que ni aun así se dejaron engañar, y por eso se divorciaron. La gracia es engañar a uno solo como yo y engañarlo toda la vida.

LILÍ — ¡Sí! Su marido de usted no era tonto. ¡Qué había de serlo! Era de los aprovechados.

CONDE. 1.ª — ¿Usted qué sabe?

LILÍ — Pero, hija mía, si su marido de usted ha sido amigo mío unos quince días; por cierto que se me llevó unas alhajas; gracias a que eran falsas.

CONDE. 1.ª — Por supuesto, ¿quién iba a tener el mal gusto de regalárselas a usted verdaderas?

LILÍ — Con los brillantes que yo he despreciado se contentaría usted. Ahí está mi expediente; que se vean los hombres que se han arruinado por mí.

CONDE. 1.ª — Así dicen todos que es usted una ruina.

LILÍ — Y usted un derribo.

LUCIFER — ¡Basta, señoras, basta! Comprenderán ustedes que ni las verdades ni las calumnias, por infernales que sean, tienen aquí la menor importancia. Cuando se ha llegado al Infierno por méritos propios, no hay nada que pueda hacernos desmerecer en el concepto público...

Y ustedes, señoras, no sean impacientes. Si este ensayo, como yo espero y mi Gobierno conmigo, fuera satisfactorio, todos estamos dispuestos al matrimonio... Yo, inclusive.

TODOS ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Viva Lucifer! ¡Viva!

LUCIFER Y ahora, a bailar, a divertirse todos... Mefistófela, bailarás conmigo el rigodón de deshonor... En seguida saldrás para el Mundo.

LILÍ Siempre a las órdenes de Vuestra Majestad.

UJIER Paso a Su Majestad. (Bailan en el salón del fondo.)

BELCEBÚ No hay duda; Su Majestad está mal de la cabeza.

ASTAROT Desde que se astilló del derecho.

LUCÍFOGO ¡Supeditarnos alas mujeres! ¡Qué humillación!

BELCEBÚ ¿Y qué piensas hacer?

MEFISTÓF. Salir para la Tierra inmediatamente, llegar antes que mi señora, impedir la seducción de ese infeliz doctor y... todas las seducciones...

BELCEBÚ Pero si Su Majestad se entera...

MEFISTÓF. ¿No estáis vosotros de mi parte?

BELCEBÚ ¿Quién lo duda? Somos los más interesados en tu triunfo.

MEFISTÓF. Pues si cuento con el Gobierno... Pero permitidme que desconfíe.

BELCEBÚ ¡Desconfiar de nosotros!

MEFISTÓF. Como la proposición matrimonial ha salido del mismo seno del Gobierno...

LUCÍFUGO Pido la palabra para alusiones. En efecto, yo he sido el que ha propuesto a Su Majestad la alternativa de las mujeres en la gobernación del Infierno. Pero, ¿es posible, Mefistófeles, que un diablo de Mundo, como tú, desconozca las prácticas gubernamentales? Cuando un Gobierno se ve en peligro, busca siempre un remedio que sea peor que la enfermedad para que de este modo, nadie vuelva a pedir remedios en mucho tiempo y... siga la enfermedad.

MEFISTÓF. Que es el Gobierno. Admirable, Lucífugo. ¿De modo que estáis de mi parte?

BELCEBÚ Como un solo demonio.

MEFISTÓF. Entonces... Triunfaremos.

ASTAROT Permitidme un escrúpulo de conciencia, impropio de un ministro infernal... Si triunfamos como ministros, ¿no nos perderemos como demonios?

BELCEBÚ ¿Qué quieres decir?

ASTAROT Que si Mefistófela no consigue seducir a ese doctor, destruir ese invento que amenaza la prosperidad y la vida de nuestro reino...

MEFISTÓF. No hay cuidado. Ese invento, según noticias fidedignas, es un apreciable camelo, como dicen los mortales. Ese doctor Fausto es un infeliz. Pero tiene una mujer, que es la verdadera maestra de los discípulos de su marido, aunque en otro orden de ideas... y ella es la que ha hecho creer al doctor en la efectividad de su invento. Figuráos que el buen doctor cree que su mujer está vacunada contra las explosiones amorosas y sus discípulos lo mismo... Y el pobre hombre... vive tan satisfecho.

BELCEBÚ Las mujeres son el demonio.

MEFISTÓF. Así es que nada hay que temer de ese invento. El único peligro está en que Mefistófela lograra con sus seducciones aumentar el contingente de inmigración infernal y Su Majestad se echara en brazos de las mujeres. Pero aquí estoy yo para impedirlo... Y voy a confesaros una flaqueza de la que nunca me creí capaz... Compadecedme; no me guía sólo el amor propio... No os diré que estoy enamorado, porque en el Infierno no puede sentirse amor; pero estoy celoso; los celos sí son una pasión infernal. Esa mujer me ha trastornado, y yo os aseguro que no estoy dis-

puesto a que me engañe... Como a sus anteriores maridos.

LUCÍFOGO Pues ya tienes que andar listo, porque...

MEFISTÓF. ¿Qué?

LUCÍFOGO Nada... Que no veo a Su Majestad ni a tu mujer por ninguna parte. Han desaparecido del salón de baile.

MEFISTÓF. Con Su Majestad no tiene importancia... Pero... con un mortal... ¡Engañarme con un mortal!...

ASTAROT Tranquilízate... Su Majestad llega. (**Entra Lucifer.**)

LUCIFER Estoy encantado. Creo que hemos hecho una verdadera adquisición. Esa mujer... digo, ya no es mujer, esa diablesa... ese demonio de mujer va a volver loco a medio mundo... ¿Querrás creer que no le ha faltado tanto así para seducirme?... Si no fuera por lo que te aprecio... y por la urgencia del viaje sobre todo... ¿Está ya dispuesto el aeroplano?

ASTAROT Sólo espera las órdenes de Vuestra Majestad.

LUCIFER Aquí tenemos a Mefistófela en traje de viaje... La última creación de mis modistos... Color de nube... Está como para aterrizar... Me dan vahidos...

LILÍ A las órdenes de Vuestra Majestad.

LUCIFER No me lo digas dos veces. Pero no... Despídete de tu marido sin demasiada efusión... Despídete de mí con toda la que quieras y... al Mundo, a seducir, a triunfar... Tu triunfo será el triunfo de las mujeres...

CONDENADAS ¡Eso, eso! ¡Viva Mefistófela! ¡Viva! ¡Viva!...

LUCIFER Te acompañaré hasta la portería... Que aten a Carcerbero, que estos días le ha dado por tirarse a las pantorrillas... y sería una lástima que ciertas pantorrillas...

LILÍ Señor, no me miréis de ese modo... me trastornáis.

LUCIFER Tú si que vas a trastornar el Mundo... el Infierno y... Vamos, vamos, que no puede retrasarse el viaje. ¿No vienes, Mefistófeles?

MEFISTÓF. Temo emocionarme; las despedidas son siempre tristes. (Sale Lilí con Lucifer, condenadas, etc.)

BELCEBÚ ¿Y ahora?

MEFISTÓF. Yo iré por el Metropolitano infernal y llegaré antes que ella.

BELCEBÚ. No dejes de radiografiarnos todos los días.

ASTAROT ¡Buen viaje!...

LUCÍFOGO ¡Buena suerte!

SATANAQUIA ¡Ritorna vincitor!

BELCEBÚ ¡Vuelve incólume!

MEFISTÓF. Estad seguros... Como demonio... ¡todo! Como marido... ¡nada!...

TELON

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa del Dr. FAUSTO

ESCENA I

ELSA y después HORTENSIA

ELSA ¡Hortensia! ¡Hortensia! ¡Hortensia!

HORTENSIA ¿Qué manda la señora?

ELSA ¿Dónde estabas? Hace un siglo que te estoy llamando.

HORTENSIA Estaba en el jardín, señora.

ELSA Ya; De conversación con el jardinero. Se despidió al otro por joven y bien parecido, traemos a este de edad respetable, viudo con cuatro hijos, ni por esas; a tí todos te parecen bien; eres incorregible. Si te hubieras dejado vacunar como todos en esta casa, ya estarías tranquila.

HORTENSIA Como todos, ¿verdad? ¿Pues sabe usted lo que le digo, señora?...

ELSA Alguna bachillería.

HORTENSIA Que eso de la vacuna del señor, o tiene su trampa o hay aquí quien necesita revacunarse.

ELSA — ¿Qué quieres decir? ¿Qué has observado? El señorito Octavio, el discípulo predilecto de mi esposo, sigue enamorado de Margarita, esa muñeca de trapo... con muy poco trapo. ¿Has visto algo? ¿Has vigilado como te encargué? Dímelo todo. ¡Soy muy desgraciada!

HORTENSIA — Vamos, señora, tranquilícese usted. ¿Ve usted como eso de la vacuna no sirve para nada?

ELSA — Ya lo sé; pero no se lo digas a nadie. Dime, dime; Octavio y Margarita...

HORTENSIA — No quiera usted saber... En cuanto se tropiezan y creen que no los ve nadie...

ELSA — No prosigas. ¡El ingrato! ¡El ingrato! ¡Ay, Hortensia! Tú eres la depositaria de todos mis secretos. ¿Tú sabes lo que es estar loca una mujer?

HORTENSIA — Una cosa muy parecida a lo que a usted le sucede.

ELSA — ¡Ay, Hortensia! Tú no sabes lo que yo daría porque esa vacuna que mi esposo cree haber descubierto, fuera una verdad. ¡Qué dichosa sería yo, viviría tranquila... Pero no. ¿Qué valdría la vida sin una ilusión, sin algo que nos hiciera padecer y gozar al mismo tiempo, sin algo que...

HORTENSIA — Sí, señora, sin algo...

ELSA — Me casaron tan niña... ¡Me casaron! Mi marido, el doctor, tú lo sabes, es un santo; pero dedicado a sus estudios, a su laboratorio, a su lado he sido un alma viuda; para él, cualquier microbio, un bacilus, han significado siempre más que yo... A pesar de todo, durante los primeros quince días de mi matrimonio, supe serle fiel; por algo soy hija de un héroe. Después... la fatalidad; entre los discípulos de mi marido hubo uno... Luego otro... La fatalidad siempre. Y ahora este, el último, que me parece el primero; este será mi perdición, mi locura, mi muerte; me aho-

garé en el lago del parque, como Ofelia... Porque yo no soy de las que matan, soy de las que mueren.

HORTENSIA Quite usted, señora. ¿Quién piensa en eso? Calle usted, me parece que ha entrado alguien por el jardín.

ELSA Por el jardín, ¿verdad? Si es que estás deseando irte a charlar con el jardinero...

HORTENSIA No, señora, le digo a usted que... Voy a ver. (Sale y vuelve a poco.) ¿No le decía yo a usted? Son dos señores; es decir, una señora y un caballero, que han llegado en automóvil. Vienen como de viaje. Dicen que desean ver al doctor; me han dado esta tarjeta.

ELSA Los Condes de Kornukof... Es gente distinquida. ¿Les has dicho que el doctor está en este momento con sus discípulos, que es la hora de la lección?

HORTENSIA Ya se lo he dicho. Dicen que esperarán todo lo que haga falta; que ellos no se van sin verle.

ELSA Está bien; pero que pasen aquí, los recibiré yo; es gente distinguida. (Sale Hortensia y vuelve a poco con la Condesa y el Conde.)

ESCENA II

DICHAS, la CONDESA, el CONDE OCTAVIO y MARGARITA.

ELSA Señora... Caballero...

CONDE Señorita... ¿Usted es, sin duda, la hija del doctor?

ELSA ¿Su hija? No, caballero; ¡Su hija! ¿Tan joven le parezco? Soy su esposa, su mujer, la doctora. (Aparte a Hortensia.) Qué persona tan distinguida. Ustedes deseaban ver a mi marido, al doctor. ¿No es eso?

CONDE — Sí, señora, a eso venimos, eso nos trae a la Condesa y a mí. (Presentando.) La Condesa...

OCTAVIO — Ya verás, ya verás, ganaremos mucho dinero... Seremos los especialistas de moda.

MARGARITA — Oye, oye.... pero dentro de nuestra especialidad, cada uno tendrá su especialidad.

OCTAVIO — ¿Qué quieres decir?

MARGARITA — Que tú no asistirás más que a los caballeros, y yo a las señoras...

OCTAVIO — ¡Celosilla!

MARGARITA — Quedamos en eso. Tú el doctor, sólo para hombres de cierta edad; pero muy cierta. Yo, la doctora, solo para señoras y senadores.

OCTAVIO — Muy bien, señora doctora.

MARGARITA — Muy bien, señor doctor.

ELSA — Muy señora mía.

CONDE — El Conde soy yo. Nos han dicho que el doctor daba lección en este momento.

ELSA — Terminará en seguida; es la hora. Hortensia, está al cuidado y en cuanto salgan los discípulos, avisa al doctor antes de que se meta en el laboratorio; porque una vez en el laboratorio, ya no atiende a nadie. (Sale Hortensia.)

CONDE — Su marido de usted es un verdadero hombre de ciencia.

ELSA — Sí, señor; sabe mucho.

CONDE — Dicen que no hay nada en el mundo de que él no esté enterado.

ELSA — Siempre se pondera.

CONDE — Su último invento es una maravilla; no se habla de otra cosa. Y según dicen, está probado, probado... Sobre todo en las pasiones amorosas parece ser que su eficacia es indudable; una verdadera vacuna. ¿No es eso?

CONDESA — Temo ser indiscreta; pero... usted me perdonará. ¿Usted se ha vacunado, señora?

ELSA — ¡Oh! Por precaución... Mejor dicho, para dar seguridad con el ejemplo de lo inofensivo

de esa vacuna; porque comprenderá usted que yo... ¿Contra qué iba yo a vacunarme? A los veinte años...

CONDESA ¿Es usted tan joven?

ELSA A los veinte años de matrimonio; me casé muy niña. Pues bien, a los veinte años de virtud acrisolada, ¿para qué necesitaba yo vacunarme?

CONDE Usted perdone; la Condesa preguntaba porque tiene miedo; viene decidida a vacunarse y desea saber...

ELSA ¡Ah! ¿De modo que?...

CONDESA Sí, señora; es un obsequio a mi marido. Me quiere con locura, nos queremos; pero es tan celoso...

ELSA ¡Ah, los hombres! ¡Todos son lo mismo! Yo no sé lo que se figuran de nosotras.

CONDESA ¿Su marido de usted, también es celoso?

ELSA No podría serlo; yo nunca he dado el menor motivo.

CONDESA Tampoco yo, señora; los celos de mi marido son completamente ilusorios. ¿No es así? ¿Por qué callas? ¿Qué pensará esta señora de tu silencio?

CONDE Sí, señora, ilusorios.

CONDESA Pero eso es no vivir; que si miraste, que si te miran, que no te rías de ese modo, que no te sientes de esa manera... Así es, que apenas leí en los periódicos el anuncio del invento de su marido, ya no pensé en otra cosa. Llévame, llévame en seguida, le dije a mi esposo; quiero que me vacunen; así te quedarás tranquilo y yo también.

ELSA Sí, señora, sí; para los maridos es una tranquilidad.

CONDESA Ahora, ¿usted me asegura que no hay el menor peligro?

ELSA No sentirá usted la más ligera molestia; y luego... la calma.

CONDE — Pero... oiga usted; esa calma, ¿es absoluta?

ELSA — No tema usted; a la voz del deber siempre responde el corazón de una esposa.

CONDESA — Ya lo oyes.

CONDE — Me aseguran que su esposo vacunará del mismo modo contra todas las pasiones.

ELSA — Sí, señor, espera conseguirlo. Pero hasta ahora se ha limitado en sus experimentos a la especialidad amorosa; era lo más urgente.

CONDE — Y ¿los resultados?

ELSA — Increíbles. Mire usted; mi esposo reune unos cuarenta discípulos y unas veinte discípulas, todos jóvenes, alocados... Antes eran pocas todas las precauciones; yo vigilaba siempre; porque para mí hubiera sido un disgusto que de esta casa, de este templo de la ciencia hubiera podido decirse que era un centro de corrupción, de inmoralidad... Usted no sabe lo que yo he vigilado; a los discípulos, tanto como a las discípulas. Aun así, no podía evitarse que alguna vez... ligerezas, pero ligerezas peligrosas... Pues bien; hoy todos están vacunados y ya puede usted dejarles solos; hablarán de sus estudios, de cosas serias; pero se acabaron las palabras intencionadas, los apretones de manos, el besuqueo; porque alguna vez he sorprendido hasta besuqueos... gracias a que mi marido no se ha enterado nunca de nada.

CONDE — Es admirable.

ELSA — Y no hablemos de otros casos extraordinarios... Pero aquí llega mi marido con algunos de sus discípulos más predilectos, los más estudiosos.

ESCENA III

DICHOS, el Dr. FAUSTO, MARGARITA, OCTAVIO, FEDERICO, JULIETA, TEDA y BOMBÓN

FAUSTO — Será la fórmula definitiva, la coronación de todos mis esfuerzos, el premio de mis cuarenta años de labor incesante. Pero el amor a la Ciencia es el único amor que satisface todas nuestras aspiraciones... Sí, mis queridos discípulos; sí, mis no menos queridas discípulas, enamoráos de la verdad, de la Ciencia... Abrazáos a ellas, abrazáos a mí, que soy un apóstol de la verdad... Abrazáos unos a otros...

ELSA — ¿Oyen ustedes? Este es el ambiente que aquí se respira de continuo... Fausto, Fausto...

FAUSTO — ¿Qué quieres, Elsa?

ELSA — Estos señores... Los Condes de Kornukof.

FAUSTO — ¡Señores!

CONDE — Un gran honor para mí, saludar a la primera figura del mundo científico, al eminente sabio...

FAUSTO — Muy amable...

CONDE — Y un gran honor para la Condesa figurar en el número de sus clientes.

FAUSTO — El honor es mío.

CONDESA — ¡Ah, señora! ¡Qué figura tan venerable la de su esposo! ¡Qué noble serenidad en su mirada! ¡Qué majestad de altiva cumbre en su frente!

ELSA — ¿Oyes, Fausto, lo que me dice la Condesa de tí? ¡Es un poema!

CONDESA — Comprendo, señora, que la fidelidad conyugal para usted haya sido como ligera pluma, no el pesado fardo que para otras mujeres representa.

CONDE ¿Qué quieres decir, Fredegunda? Cualquiera que te oiga, creerá que para tí...

CONDESA ¿Lo ve usted? Ya está celoso de su marido de usted. ¡Es horrible! No puedo expresar mi admiración ni mi simpatía por ningún hombre; aunque sea por un noble anciano, como su marido de usted. Vacúneme usted, doctor, vacúneme usted en seguida para que mi marido descanse.

FAUSTO ¡Ah, la señora condesa desea...

ELSA Ya lo has oído, vacunarse.

FAUSTO Muy bien. Personas de significación social como la Condesa, han de ser las mejores propagandistas de mi invento que, hasta ahora, triste es decirlo, no se ha tomado muy en serio. La vacuna, ¿ha de ser sencilla o mixta?

CONDESA No comprendo.

FAUSTO Hay una, la que llamamos sencilla, contra las tentaciones interiores, subjetivas, digámoslo así; otra, la mixta, la integral, contra las subjetivas y las objetivas, o sean las tentaciones exteriores. Yo aconsejaría a la señora Condesa esta última.

CONDESA Ya puesta...

FAUSTO Muy bien, muy bien. Es cuestión de un momento. Octavio... Presento a usted mi discípulo predilectó... El será quien...

CONDE ¡Ah! ¿No es usted mismo?

FAUSTO Mi vista está cansada y mi pulso flaquea... Mi discípulo, como usted ve, es joven y robusto...

CONDE Joven y robusto... ya, ya...

CONDESA ¿Lo ve usted? Mi marido ya está también celoso del discípulo.

ELSA Tiene razón. Es una estupidez de mi marido. No sé por qué ha de ser ese discípulo quien la vacune a usted.

FAUSTO Pero, mujer. ¿No ha sido él también el que que te ha vacunado a tí?

ELSA — No es lo mismo. ¡Eres un majadero!

CONDE — (Aparte a la Condesa.) Qué drama íntimo vislumbro en este templo de la ciencia, Fredegunda.

CONDESA — No seas imprudente.

FAUSTO — Vamos, Octavio; dispóngalo usted todo. A las señoras se las vacuna en una pierna, para que de este modo sea potestativo en la interesada la visibilidad de la pequeña cicatriz ineludible.

CONDE — ¿En la pierna dice usted? Y ¿el discípulo? De ninguna manera.

FAUSTO — Le advierto a usted, que mi discípulo está vacunado.

CONDE — Pero mi mujer no lo está todavía.

ELSA — Descuide usted, que estaré yo presente.

CONDESA — (Aparte al Conde.) Te estás poniendo en el ridículo más espantoso.

MARGARITA — Permítame usted, señora doctora. Usted es muy nerviosa y Octavio necesita a su lado quien le ayude, no quien le estorbe... Yo soy la única que puede servirle de ayudante. ¿Verdad, maestro?

FAUSTO — Sí, hija mía, tú puedes ayudarle.

ELSA — ¡Tú te callas! Y usted, señorita; es usted una chiquilla sin pizca de juicio.

MARGARITA — La falta de juicio está justificada por lo de chiquilla; todas no pueden decir lo mismo.

ELSA — Es usted muy insolente.

MARGARITA — Será, por lo que veo y por lo que me callo.

ELSA — No ve usted nada, ni tiene usted que callar nada. Habráse visto...

CONDE — (Aparte a la Condesa.) Sigo vislumbrando algo tempestuoso en el templo. He perdido la poca fe que tenía en la vacuna.

ELSA — (Al Doctor.) La culpa la tienes tú por dar tantas alas a tus discípulos... Sobre todo a esta pizpireta de Margarita, que anda loca detrás de Octavio.

FAUSTO — ¡Mujer! ¿Cómo es posible?

ELSA — Y detrás de todos tus discípulos... y de ti mismo. ¿Tú crees que yo no lo veo?

FAUSTO — ¡Ah, las mujeres, en vez de ser nuestras colaboradoras, sólo saben dificultar y entorpecer nuestro trabajo... ¡Así desacreditas mi precioso descubrimiento! ¡Desconfiar de mis discípulos, de mí...! ¡Perdónala, Esculapio!... Cuando guste la señora Condesa... Podemos pasar a la sala de operaciones...

CONDESA — Si viera usted que estoy tan nerviosa...

FAUSTO — No tenga usted miedo, señora. Puede acompañarla a usted su marido...

CONDE — Por ahí podíamos haber empezado. Vamos cuando usted quiera. (¡Ah! Este doctor me parece un farsante y esta casa, una casa de locos). **(Sale el Dr. Fausto, Elsa, la Condesa, el Conde, Margarita y Octavio.)**

ESCENA IV

JULIETA, TEDA, FEDERICO y BOMBÓN.

JULIETA — La doctora está que bufa con Margarita.

TEDA — ¡Pobre señora! Como ve que Octavio se le escapa...

JULIETA — Eso es lo malo; porque ahora pondrá los ojos en otro, y no quiero pensar si los pone en tí.

FEDERICO — ¡No digas tonterías!

JULIETA — Es que si eso fuera...

FEDERICO — ¡No digas tonterías!

JULIETA — Pensar que cuando estamos para casarnos...

FEDERICO — ¡No digas tonterías!

JULIETA — Serán tonterías, pero como ponga los ojos en tí...

TEDA — No, no tengas cuidado, los pondrá en este,

en Bombón, como ella le bautizó cuando vino, que era el favorito, hasta que vino Octavio... No, pues como vuelva a mirarte...

BOMBÓN No, si conmigo ya...

TEDA ¿Qué vas a decirme?

BOMBÓN Nada; que conmigo ya está desengañada. Yo no soy capaz de hacer traición a mi maestro. Yo no soy un depravado. Sobre todo, yo no puedo pensar en nadie más que en tí, en mi Teda.

TEDA ¿Verdad que sí, rico? Bomboncito mío, porque tú eres mío, mío, mío...

BOMBÓN ¡Preciosa! Hoy todavía no me has dado un beso, el de todas las mañanitas.

TEDA Si no hemos estado solos...

BOMBÓN Ahora lo estamos, porque Julieta y Federico también están solos. Anda, no tengas miedo... A la una, a las dos... (Entra el Conde.)

CONDE No puedo presenciar la operación, me impresiono demasiado. (Al verle, Julieta, Federico, Teda y Bombón, dan un grito y desaparecen.) ¿Qué veo? (Entra Elsa.) Cuando digo yo que no tengo ninguna confianza en la vacuna.

ELSA Se ha impresionado usted; le he visto a usted ponerse pálido. Ya se ha terminado. La Condesa ha estado muy valiente. Ahora ya verá usted qué tranquilidad; ya puede usted confiar en ella, ya puede andar sola por el mundo...

CONDE ¿Usted cree? Mire usted que acabo de ver cosas... ¿Dice usted que todos los discípulos de su marido están vacunados?

ELSA Sí, señor, sí.

CONDE Pues no lo parece. Se permiten unas expansiones...

ELSA ¿Qué dice usted? Inocente todo, la misma inocencia; la malicia está en el pensamiento de usted.

CONDE Es posible, pero...

ELSA — ¿Qué ha podido usted ver? Que se aproximan, que se abrazan, tal vez que se besan... No haga usted caso. ¡Como los ángeles!

CONDE — Ya lo creo, señora. ¡Como los ángeles!

ESCENA V

DICHOS, el Dr. FAUSTO, la CONDESA, OCTAVIO y MARGARITA

FAUSTO — ¡Ya está! La señora Condesa es un temperamento admirable. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Siente usted algo?

CONDESA — Nada, nada; estoy como si tal cosa.

FAUSTO — Probaremos. Octavio, abrace usted a la señora Condesa... Usted me dirá si experimenta alguna emoción interna, si...

CONDE — ¡Quite usted! En esta casa no se hace más que abrazar... Que pruebe conmigo.

FAUSTO — Un marido no es lo mismo. En fin, como usted quiera.

CONDESA — ¿Lo ve usted? No hemos adelantado nada; sus celos son incurables.

FAUSTO — Descuide usted; llevo muy adelantados los estudios de la vacuna anticelosa y apenas esté seguro de los resultados inocularé al señor Conde.

CONDE — ¿A mí? Inocúlese usted, que buena falta le hace.

FAUSTO — ¡Caballero!

CONDE — ¿Qué se le debe a usted? No veo la hora de salir de esta casa.

FAUSTO — ¡Caballero! Pague usted lo que guste.

CONDESA — No hemos adelantado nada.

CONDE — Tome usted y... vamos. Seguirás con tus coqueterías, seguirás con tus flirteos, seguirás lo mismo. Esto es una farsa indigna.

FAUSTO — ¡Caballero!

CONDE — Beso a usted la mano.

CONDESA — Ustedes perdonen. No tiene remedio. ¡Soy muy desgraciada! (Salen la Condesa y el Conde.)

ELSA — ¡Y parecía una persona tan distinguida!

MARGARITA — Le advierto a usted, que al buen señor le sobran motivos; porque la Condesa es muy desahogada; durante la operación no ha quitado los ojos de Octavio.

ELSA — Ni usted tampoco, cuando se ha fijado.

MARGARITA — Yo puedo mirarle, porque todos saben que es mi novio, que nos casaremos muy pronto. ¿Verdad, maestro, que usted será nuestro padrinito?

ELSA — ¡Casarse, casarse! ¿Qué diría la gente? Que aquí no se les vigilaba a ustedes y hay que casarlos a ustedes para tapar algo.

MARGARITA — ¡Oiga usted!

ELSA — De esta casa no pueden salir bodas.

MARGARITA — ¿Oye usted, maestro?

FAUSTO — (Aparte a Margarita.) No hagáis caso, ya sabéis que en cuestiones de moralidad la doctora es intransigente. Bueno, Elsa, déjanos; tengo que trabajar con mis discípulos; voy a dictarles la nueva Memoria que he de enviar a la Academia de Ciencias Ocultas.

ELSA — Puedo traer aquí mi labor y trabajaremos todos juntos.

FAUSTO — No, mujer; tú no puedes estarte callada; nos distraes, nos perturbas. Déjanos solos; te lo pido...

ELSA — Está bien. (Al salir, aparte a Octavio.) Tenemos que hablar.

OCTAVIO — (Aparte.) No es posible.

ELSA — Es preciso... o mañana me sacarán del fondo del lago. (Sale.)

ESCENA VI

El Dr. FAUSTO, OCTAVIO y MARGARITA.

FAUSTO — Esperad un momento que ponga en orden estas cuartillas y haga unas correcciones.

MARGARITA — Lo que usted quiera; Octavio y yo preparamos la máquina. (A Octavio.) Esa mujer te persigue, te acosa...

OCTAVIO — Pero si no tiene importancia. ¿No estás segura de mi cariño? Dentro de unos meses, en cuanto yo me doctore y tú te licencies, nos casaremos, estableceremos nuestra clínica, una clínica modelo y como tú tienes mucho talento y yo no soy tonto, ganaremos mucho dinero.

MARGARITA — Oye, y ¿a qué especialidad vamos a dedicarnos? ¿Lo has pensado ya?

OCTAVIO — A las enfermedades nerviosas. ¿Qué duda cabe? Son los enfermos más productivos; ni se mueren nunca ni se curan; de modo que son una renta vitalicia.

FAUSTO — ¡Qué maremagnum! Olvidé numerar las cuartillas... Renuncio al dictado. Tienen ustedes libertad; pueden ustedes pasear por el jardín. Pero sean ustedes juiciosos; ya saben ustedes que mi mujer vigila.

MARGARITA — Por eso preferimos quedarnos aquí; con usted estamos más tranquilos. Con nuestro maestro, nuestro padrinito... Usted no sabe cuánto le queremos... cuánto le quiero yo.

FAUSTO — Gracias, gracias.

MARGARITA — Porque es usted el más bueno, el más sabio, el más...

FAUSTO — Calla, calla; que me enternezco.

MARGARITA — Déjeme usted que le abrace.

FAUSTO — Lo que tú quieras, hija mía. Octavio, te llevas una perla; quiérela mucho.

OCTAVIO — La quiero con toda mi alma.

MARGARITA — Nos queremos con toda nuestra alma... ¿Nos permite usted?...

FAUSTO — Sí, hijos míos, os lo permito. La ciencia tiene ojos de madre para el amor y... como una madre hace la vista gorda... (Margarita y Octavio se abrazan y en este momento aparece Elsa.)

ELSA — ¡Muy bien, muy bien! Estos son los trabajos... el dictado... Por eso no podía yo hacer aquí mi labor.

FAUSTO — ¡Mujer!

ELSA — (A Margarita.) Es usted la piedra de escándalo de esta casa.

MARGARITA — Yo, ¿verdad?

ELSA — Si hace tiempo hubieras tomado la determinación que te he aconsejado.

FAUSTO — ¿Qué determinación?

ELSA — Despedir a todas las discípulas; con los discípulos tenemos bastante. Ahora mismo, ¿sabes dónde están los otros caballeritos y las otras señoritas?

FAUSTO — Iban a revelar unas fotografías.

ELSA — Sí; a obscuras; tú harás lo que quieras, pero el mejor día se dará una campanada en esta casa.

FAUSTO — Pero ¡mujer! si todos están vacunados... Bueno, calla, calla... Octavio, ve tú a ver lo que hacen esos muchachos con esas muchachas; que no revelen más. (Sale Octavio.) Y tú, Margarita, haz el favor de poner en orden estas cuartillas. (Sale Margarita.) Y tú, Elsa, déjame en paz, que quiero dormir un poco; tengo una soñera...

ELSA — Como que va a haber tempestad; está muy nublado y se ha levantado un ventarrón... A eso venía, a cerrar estas ventanas. ¡Un relámpago! Con lo que me asusta la tormenta...

FAUSTO — Bueno, mujer; por los siete sabios de Grecia, no hagas aspavientos y déjame dormir un poquito.

ELSA Cerraré todas las maderas... Ya te dejo tranquilo.

FAUSTO Me parece mentira...

ELSA Ya estás solo.

FAUSTO Ya lo oigo.

ELSA Algún día me llamarás a tu lado y yo estaré muy lejos.

FAUSTO ¡Dios lo haga!

ELSA Ya te he dejado. (Sale.)

FAUSTO No lo creo... Aún lo dudo. (Se sienta en un sillón de espaldas al público. Gran tempestad. Truenos y relámpagos. Obscuro. Sale Mefistófeles con capa roja por foro.)

MEFISTÓF. He llegado a tiempo. El aparato atronador dispuesto por Su Majested Lucifer para solemnizar la llegada a la tierra de mi señora esposa, ha servido para solemnizar la mía. Todavía significamos algo los demonios en el mundo. Esta es la casa del doctor y este es el doctor Fausto... ¡Demonio! Cómo se parece al otro. ¿Será tan casquivano como aquel y se le alegrarán las pajarillas con tanta facilidad? Es lo mismo. Procedamos a desmaterializarle. Tomaré su figura, y, así disfrazado, esperaré la llegada de mi esposa, la nueva diablesa que bien pertrechada de sus encantos, tratará de seducir al doctor para apoderarse de su invento. ¡Bueno está el invento! En cuanto a la seducción... Yo quisiera desesperar a mi esposa, mostrándome inconmovible a sus tentaciones, pero ¡es tan seductora! que no sé si no acabaré por sucumbir. Si eso sucede... nada se ha perdido; ni el honor: todo se queda en casa. Del mismo modo siempre que trate de seducir a algún pobre mortal... seré yo el seducido... Y como ella vendrá dispuesta a seducir a cuantos se presenten... voy a volver un poco fatigado... Pero gobernar las mujeres en el Infierno... eso, nunca. Que no

sean ambiciosas; ya tienen bastante con el mundo. Ea, a disfrazarme. Ese horrísono trueno anuncia la llegada de Mefistófela a la Tierra. El doctor Fausto sea conmigo. ⊖

(**Obscuro. Entra Elsa.**)

ELSA ¡Fausto! ¡Fausto! ¿Duermes? ¿Puedes dormir? ¿No has oído el trueno gordo? Yo estoy muy asustada, Fausto, Fausto...

MEFISTÓF. (**En figura del Dr. Fausto.**) ¿Ah? ¿Eres tú... mi mujer?... ¿No es verdad?

ELSA Sí, yo... tu Elsa...

MEFISTÓF. (**Aparte.**) ¡Pobre doctor! ¿Qué ocurre? ¿Por qué me has despertado?

ELSA ¿No sabes? Acaba de llegar una gran señora, que desea verte, hablar contigo... Debe de ser alguna princesa...

MEFISTÓF. Que pase en seguida.

ELSA Pero, ¿vas a recibirla así? ¿Quieres que te traiga tu levita, otra corbata?

MEFISTÓF. No, no; así estoy bien... Que pase, que pase en seguida.

ELSA ¿Me permites asistir a la conferencia? ¡Será tan interesante!

MEFISTÓF. No, señora; no se lo permito a usted. ¡Bastante la he permitido a usted ya!

ELSA ¡Ay! No te enfades.

MEFISTÓF. ¡Es usted insoportable! Y usted cree que yo no me entero de nada y estoy enterado de todo.

ELSA ¿Qué dices, Fausto? ¿Qué dices?

MEFISTÓF. ¡De todo! Y ya está usted en edad de tener juicio.

ELSA Tú estás loco, tú no eres tú.

MEFISTÓF. Eso creerá usted. Soy su marido, con quien usted ha creído que podía divertirse un día y otro, que no se enteraba de nada... Ahora mismo anda usted como loca detrás de mi discípulo... ¿No le da a usted vergüenza?

ELSA ¡Ay, ay!... A tí te pasa algo... Todo eso lo has soñado.

MEFISTÓF. ¡Soñado! ¿Eh? ¿Soñado? Ya se lo diré yo a usted el mejor día.

ELSA Tú no estás bueno, tú deliras, tú tienes fiebre; a ver la frente...

MEFISTÓF. No se acerque usted, no profane usted una vez más mi augusta frente... Salga usted de aquí y que pase esa señora en seguida.

ELSA Ya, ya me voy... (Aparte.) Pero, ¿qué le sucede a mi marido? ¡Es increíble! (Sale.)

MEFISTÓF. ¡Pobre doctor! Ya que le he suplantado, le vengaré en lo que pueda; a esta señora se la mato a disgustos... Quiero dejarle siquiera ese buen recuerdo. Aquí está Mefistófela; me dispongo a ser seducido.

MEFISTÓFELA (Entra Mefistófela.) ¿El doctor Fausto?

MEFISTÓF. Señora, yo soy el doctor.
(Aparte.) Viene endemoniada de guapa.

MEFISTÓFELA (Aparte.) ¡Qué vejestorio! ¡Sí que voy a lucirme! Como al Rey Salomón la Reina de Saba, vengo desde muy lejos solo por conocerle y admirarle de cerca. ¿Quién soy? Nada importa; una mujer extraña, extraña, porque sólo admira la virtud y el talento, el talento y la virtud resplandecen en su excelsa figura...

MEFISTÓF. (Aparte.) ¡Qué pedante viene! Verdad es que ella venía preparada contra el doctor... Es usted muy amable, muy amable, y... muy hermosa, muy hermosa. Usted perdone, aún no le he dicho a usted que tome asiento.

MEFISTÓFELA No, a su lado, más cerca de usted... ¿Ha visto usted qué tempestad?

MEFISTÓF. Espantosa; un tiempo infernal...

MEFISTÓFELA Infernal, ¿dice usted?

MEFISTÓF. Endemoniado.

MEFISTÓFELA Hacía falta que lloviera; era un calor tan bochornoso...

MEFISTÓF. (Aparte.) ¿Vamos a hablar del tiempo? Hasta ahora la conversación no es muy seduc-

tora... ¡Ah, yamos! Fía más a la acción que a la palabra... ¿No está usted cómoda?

MEFISTÓFELA Usted perdone; con estas modas no hay manera de sentarse sin... Verdad es que a un hombre como usted, todo esto le tendrá sin cuidado. Usted, como todos los hombres superiores, no se habrá dejado esclavizar por ninguna mujer... Ni las mujeres por lo regular, saben comprender la timidez de un hombre de talento... porque los hombres de talento son ustedes muy tímidos para el amor... Por eso, con ustedes está muy justificado algún atrevimiento... Ustedes se atreven tan pocas veces...

MEFISTÓF. Yo no me atrevería nunca, y... hoy... a mis años...

MEFISTÓFELA El corazón es siempre joven, y cuando no se ha gastado en locas aventuras .. Usted está en muy buena edad todavía.

MEFISTÓF. No lo crea usted... No estoy para nada.

MEFISTÓFELA ¡Qué modesto! ¡Para nada!...

MEFISTÓF. Pongamos para muy poco.

MEFISTÓFELA Porque se habrá usted abandonado. Pero yo estoy segura de que su corazón no ha dicho todavía la última palabra. La prueba es que usted se preocupa en sus estudios del amor y sus estragos... Ese invento, ese maravilloso y terrible invento... Permítame usted que le llame terrible; ese invento trata de suprimir el amor.

MEFISTÓF. De ningún modo. Yo respeto el amor tranquilo, el amor honesto; suprimo el amor apasionado, el amor que trastorna y enloquece...

MEFISTÓFELA Que es tanto como suprimir el verdadero amor; porque si el amor no es locura, no es pasión, no es turbulencia, si el amor no nos exalta hasta el heroismo, hasta el sacrificio, hasta la muerte... ¿Qué vale el amor?

¿Qué vale la vida? Doctor, doctor; yo que usted, destruiría ese invento y su secreto y no privaría a la humanidad de sus pasiones ni de sus locuras, lo único que vale la pena de vivir. ¿No ha pensado usted lo que sería el mundo sin pasiones, sin vicios, sin pecados y... sin virtudes? Porque la virtud misma nada vale cuando no llega a la exaltación, cuando no es casi un vicio, un pecado también... ¿No lo ha pensado usted? Doctor, doctor, una mujer se lo ruega; destruya usted ese invento; es tiempo todavía.

MEFISTÓF. Tiempo, sí... pero... mi seriedad, mi nombre...

MEFISTÓFELA Y si yo, como en otro tiempo Mefistófeles a su homónimo el doctor Fausto, a cambio de ese invento le ofreciera la juventud, el amor...

MEFISTÓF. ¿La juventud? No sería malo...

MEFISTÓFELA ¿Lo duda usted? Yo también tengo mi secreto que vale por lo menos tanto como el de usted. Usted que tanto sabe, ¿no sabe usted leer en los ojos de una mujer que no es como todas las mujeres, una mujer que...

MEFISTÓF. Sí, ya leo, ya leo... a pesar de mi vista cansada. Pero usted no sabe que yo he sido el primer vacunado y las tentaciones, por muy diabólicas que sean me dejan inconmovible...

MEFISTÓFELA ¿Diabólicas dice usted?

MEFISTÓF. Digamos femeninas. Conmigo inútiles de todas maneras.

MEFISTÓFELA Sí, ya veo... Y esa vacuna, ¿no tiene remedio?

MEFISTÓF. En lo humano, ninguno. Algún poder sobrenatural... es posible.

MEFISTÓFELA ¿Algún poder sobrenatural? ¿Y no lo siente usted a su alrededor?

MEFISTÓF. Celebraría sentirlo, porque ¡qué demonio! a nadie le amarga un dulce y... si el dulce es una mujer encantadora...

MEFISTÓFELA Ya sabía yo que su corazón sólo esperaba una voz que le dijera: levántate y anda...

MEFISTÓF. Lo primero es posible; lo segundo, ya es más difícil... No obstante, siento ese poder sobrenatural que usted dice y posee, sin duda alguna... porque... sí; desde que usted ha llegado, yo no soy yo, a pesar de mis años de la vacuna... sí, hay en usted un poder sobrenatural, diabólico...

MEFISTÓFELA ¿Diabólico, dice usted?

MEFISTÓF. Digamos femenino... pero ¡qué femenino!

MEFISTÓFELA Suelte usted; su mano abrasa y sus ojos brillan de un modo... Me asusta usted. ¿Lo ve usted? Así somos las mujeres; ahora soy yo la que tiene miedo.

MEFISTÓF. Ese miedo es otra diabólica coquetería.

MEFISTÓFELA ¿Diabólica, dice usted?

MEFISTÓF. Digamos femenina. Pero mi invento, mi fórmula, mi secreto, mis preparados y las existencias en depósito, todo es de usted... y toda mi ciencia y toda mi vida, malgastada en estudios que no me han enseñado a amar... Todo lo que yo he aprendido en los libros no vale lo que tú me has enseñado en un momento.

MEFISTÓFELA ¡Fausto! ¡Fausto! Tú sí que me pareces un demonio tentador... Tus palabras, tus ojos... te veo rejuvenecido... ¿Eres tú o soy yo quien hizo el encanto? Fausto, mi Fausto...

MEFISTÓF. ¡Mi Mefistófela!

MEFISTÓFELA ¡Eh! ¿Ese nombre? ¿Qué dices?

MEFISTÓF. Mefistófela... porque tú me rejuveneces, tú me condenas y tú... (Viendo entrar a Octavio.) y tú me salvas. (Entra Octavio.)

OCTAVIO ¡Doctor! ¡Doctor!

MEFISTÓFELA (Aparte.) ¡Qué oportunidad!

OCTAVIO Usted perdone... señora...

MEFISTÓF. Mi discípulo predilecto. ¿Qué ocurre?

OCTAVIO A su señora le ha dado un ataque de nervios con el susto de la tempestad.

MEFISTÓF. Y el que yo la he dado. ¿Y qué hace?

OCTAVIO Es una terrible crisis nerviosa. No hubiéramos querido alarmar a usted, pero...

MEFISTÓF. No, si no me alarmo... Voy a ver si se le pasa con otro susto.

MEFISTÓFELA Sí, sí, por mí no se detenga.

MEFISTÓF. Mi discípulo acompañará a usted... (Aparte.) ¡Caramba! cómo le mira... Ya le ha flechado... Esto es peor... No tardaré en volver... Vuelvo en seguida.

MEFISTÓFELA No se preocupe usted. Tarde usted todo lo que quiera...

MEFISTÓF. (Aparte.) ¡Cualquier día! (Sale.)

ESCENA VII

MEFISTÓFELA y OCTAVIO

MEFISTÓFELA Discípulo predilecto del doctor... Ya supone grandes méritos.

OCTAVIO Un gran amor al estudio, a la Ciencia... Eso es todo.

MEFISTÓFELA ¡Un gran amor! ¡Dichoso usted! ¡Dichosos los que pueden decir eso en su vida, que han tenido un gran amor! ¿Usted habrá sido un precioso auxiliar del doctor en todos sus descubrimientos?

OCTAVIO Un modesto colaborador nada más.

MEFISTÓFELA Y, ¿qué opina usted de su último descubrimiento?

OCTAVIO ¡Un asombro!

MEFISTÓFELA Que atenta contra el amor...

OCTAVIO Contra el amor, no; contra sus flaquezas y sus debilidades.

MEFISTÓFELA Y si le quita usted al amor sus flaquezas y sus debilidades... ¿Usted está vacunado?

OCTAVIO Sí, señora; fuí de los primeros.

MEFISTÓFELA Y, ¿no le pesa a usted?

OCTAVIO No he tenido ocasión de comprobarlo.

MEFISTÓFELA Y ¿no siente usted curiosidad? La curiosidad es el principio de la sabiduría. A un hombre de ciencia le está permitido todo género de investigaciones, por atrevidas que sean... A propósito; aquí tendrán ustedes un magnífico laboratorio.

OCTAVIO Sí, señora; una instalación modelo.

MEFISTÓFELA Me gustaría visitarlo... Si es usted tan amable, mientras vuelve el doctor... Yo soy muy curiosa, curiosa de todo. Usted me explicará, yo le oiré a usted encantada, encantada, esa es la palabra. Parece que no le agrada a usted mi proposición. ¿Es que hay algún inconveniente?

OCTAVIO No, señora, ninguno; es que estarán allí los otros discípulos.

MEFISTÓFELA ¿Hay muchos discípulos?

OCTAVIO Bastantes, si señora. Y también discípulas.

MEFISTÓFELA ¿También discípulas? Es muy curioso. Y ¿todos están vacunados?

OCTAVIO Sí, señora.

MEFISTÓFELA ¡Qué crueldad! ¡Tan jóvenes! La tiranía de la ciencia, no por ser la más sabia, deja de ser tiranía. Se impone una revolución, mejor dicho, una restauración... ¡La restauración del amor! ¿Cuento con usted?

OCTAVIO Señora...

MEFISTÓFELA Está usted como asustado.

OCTAVIO No, señora; es que soy de pocas palabras.

MEFISTÓFELA ¡Mi ideal! De pocas palabras como todos los hombres de acción, que son los verdaderos hombres... ¿Vamos al laboratorio?

OCTAVIO Cuando usted guste.

ESCENA VIII

MEFISTÓFELES (como Doctor.)

MEFISTÓF. La he hecho aplicar dos sinapismos, una ducha, que le habrá despintado el pelo y la carátula, y cinco botones de fuego en el colodrillo. En mucho tiempo no volverá a fingir ataques de nervios; el buen doctor tendrá que estarme muy agradecido. Pero, ¿qué es esto? Mi esposa y el discípulo han desaparecido?... No, si en cuanto le vió lo dije: A este le hace víctima de sus tentaciones con más gusto que a mí... como doctor. Y con este me la pega en cuanto me descuide... Y ya me estoy descuidando... No; me apresuraré a tomar la figura de ese buen mozo y... ya puede suceder lo que quiera. Devolvamos al doctor su corporal vestidura, que es bastante desagradable, y mejoremos de posición. ⊖ (Obscuro. Desaparece Mefistófeles y el Dr. Fausto vuelve a aparecer dormido en su sillón.)

ESCENA IX

El Dr. FAUSTO y después ELSA

FAUSTO (Despertando.) ¿Eh? ¿Quién anda ahí? ¡Vaya un sueño que he echado sin darme cuenta! ¿Qué hora será?... (Entra Elsa con un peignoir, una gorra, que deja ver unas greñas desteñidas y la cara llena de chafarriones.)
¡Mujer! ¿Qué te sucede? ¿Cómo te me presentas?

ELSA Y, ¿tiene usted el valor de preguntarlo? Después de haberme insultado con las palabras

más denigrantes, con las más innobles calumnias prevalecerse de mi postración nerviosa para someterme a un tratamiento bárbaro?...

FAUSTO Pero, hija mía, ¿qué estás diciendo? Tú no estás buena?

ELSA Ya lo sabía usted que no estaba buena. ¿Cómo podía estarlo después de tus insultos, de tus injurias?

FAUSTO Pero oye, oye. ¿Qué insultos, qué injurias? ¿Quieres volverme loco?

ELSA Ya te dije yo que lo estabas, que no era posible otra cosa.

FAUSTO ¡Ay! ¡Ay! ¿A ver, Elsa, a ver el pulso?

ELSA No me toque usted, hombre indigno.

FAUSTO Pero, ¿es posible que la tormenta haya podido trastornarte el sistema nervioso de esa manera? Voy a prepararte bromuro, sulfonal; necesitas reposo, necesitas...

ELSA Necesito justicia, reparación, el divorcio, eso es lo que yo necesito.

FAUSTO No he visto un caso semejante.

ESCENA X

DICHOS y MARGARITA

MARGARITA Maestro, maestro, corra usted, venga usted en seguida.

FAUSTO ¿Qué ocurre? ¿Otro susto?

MARGARITA No sabe usted, es una verdadera revolución entre sus discípulos; se han vuelto locos.

FAUSTO ¿También mis discípulos? Es una verdadera epidemia de locura como en la edad media.

MARGARITA Esa señora extranjera que ha recibido usted antes...

FAUSTO ¿Qué señora? ¿Qué extranjera? ¿La Condesa que vino con su marido?

MARGARITA No, la que vino después sola.

ELSA Sí, hombre, sí; la princesa, la que debe de ser princesa; por la que te propasaste conmigo, porque yo quería asistir a vuestra conferencia.

MARGARITA ¿Lo ve usted?

FAUSTO (Aparte a Margarita.) Te advierto que la pobre está trastornada; la tormenta ha excitado sus nervios; no hagas caso de lo que te diga, yo no he visto a esa señora.

MARGARITA Maestro, cuando yo se lo digo a usted.

ELSA (Aparte a Margarita.) No porfíes; te advierto que el pobre ha perdido la cabeza; de otro modo no es posible que me hubiera dicho lo que me ha dicho.

MARGARITA ¿Qué le ha dicho a usted?

ELSA No quieras saberlo. Pero a todo esto, ¿qué ocurre con esa señora?

MARGARITA Que esa señora... esa aventurera, porque debe de ser una aventurera, se ha cogido del brazo de Octavio y lo peor es que Octavio no se suelta... y lo peor es que se lo lleva.

ELSA ¿Que se lo lleva?

FAUSTO ¿Pero qué estás diciendo?

MARGARITA Se lo lleva a su barco, porque aunque ha venido en aeroplano...

FAUSTO ¿En aeroplano?

MARGARITA Tiene yate anclado en el puerto y allí da esta noche una fiesta, una bacanal, y se lleva a Octavio y a todas las discípulas, y dice que también quiere llevarle a usted.

FAUSTO ¿A mí?

ELSA ¿A mi marido también?

MARGARITA Y a Octavio se lo lleva, se lo lleva... A mí ya no me quiere; dice que no se casa conmigo, que le olvide, que él quiere ser un hombre de aventuras y que yo puedo ser una gran cocotte.

ELSA ¡Qué horror! ¡Qué desvergüenza!

MARGARITA Esa mujer le ha vuelto loco sólo con mirarle.

ELSA ¡Ni que fuera un demonio!

MARGARITA Es que yo creo que sí lo es, o, por lo menos, está endemoniada. Venga usted, doctor, venga usted en seguida; mire usted que se los lleva a todos al barco y allí van a pasar locuras por lo que yo he oído.

ELSA ¡Ah, pues yo voy! ¡Y de pasar algo, que nos pase a todos!

MARGARITA ¿Oye usted, oye usted cómo ríen, cómo gritan?...

FAUSTO No es posible, esto no es natural; esto es una epidemia como las de licantropía y demoniomanía en la edad media. ¡Es horrible; pero es interesante!

MARGARITA ¿Lo ve usted? Aquí vienen.

ELSA ¿Vienen? Que no me vean con esta facha. (Sale.)

MARGARITA ¿Qué le decía yo a usted? Vienen a llevársele a usted también.

ESCENA XI

DICHOS, MEFISTÓFELA, MEFISTÓFELES en figura de OCTAVIO, discípulas y discípulos.

TODOS ¡Viva el doctor! ¡Viva el maestro!

MEFISTÓFELA ¡Viva el amor! ¡Viva la locura!

FAUSTO ¿Pero qué es esto? ¿Están ustedes locos? Y usted, señora, ¿quién es usted? ¿Cómo se ha entrado usted en esta casa?

MEFISTÓFELA ¡Qué gracioso! ¿Lo ves doctorcito, cómo yo puedo más que tú, gracias a mis artes femeninas, diabólicas, como tú dirías? Tu pobre invento ha perdido todo su poder; tus discípulos me siguen y me adoran; la fiesta es en tu honor, aunque sea para festejar tu derrota.

FAUSTO ¿Pero qué dice usted? ¿Cuándo he hablado yo con usted, cuándo la he visto?

MEFISTÓFELA Vamos, no disimules, porque estén delante tus discípulos; o ¿es que estás celoso porque prefiero a uno de ellos? No hagas caso, es mi genio, mi genio diabólico. Vamos, ven con nosotros. Vamos, señores.

MARGARITA No, tú no vas, Octavio, no puedes ir.

MEFISTÓF. Déjame, ya te lo he dicho, yo no te he querido nunca; el amor es este, la vida es esta.

MARGARITA Tú estás loco, Octavio, tú estás loco.

MEFISTÓF. ¡Viva el amor libre!

TODOS ¡Viva!

FAUSTO ¡Pero, qué desenfreno, qué indisciplina! ¿Era esto lo que yo significaba para ustedes, yo, el maestro, el padre, yo, que creía haberles salvado a ustedes con mi vacuna?

MEFISTÓFELA Hemos destruído todos sus potingues, destruiremos su fórmula y nos desharemos de tí si persistes en propagar ese invento ridículo. En marcha, señores; el doctor no quiere acompañarnos; él se lo pierde. (Salen todos con gran algazara.)

MARGARITA ¡Se lo llevan, doctor, se lo llevan, y usted lo consiente... Octavio, mi Octavio!... (Sale detrás.)

FAUSTO ¿Y qué puedo yo? Todos están locos y yo mismo temo por mi razón. ¡Ay, no puedo más no puedo más! Ya lo temía yo, algún descuido en la dosis ha producido esta perturbación cerebral. Voy a ser el ludibrio del mundo científico. ¿Y qué dirán de mí en la Academia de Ciencias? (Aparece Mefistófeles de diablo con la capa roja.)

¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué me sucede?

MEFISTÓF. Tranquilízate, pobre sabio; tan infeliz como el otro doctor Fausto; si no te has enterado nunca de cosas tan naturales como los devaneos de tu mujer, ¿cómo quieres penetrar en los misterios de lo sobrenatural? Pero no

temas; nada de esto va contra tí. Soy tu amigo, y para recompensarte, yo te prometo dejarte viudo. (**En este momento entra Elsa, que al ver y oir a Mefistófeles da un grito y cae desmayada.**)

FAUSTO ¡Elsa, esposa mía, vuelve en tí! ¿Qué has visto, qué has oído? No hay duda; ella también lo ha visto, lo ha oído; no era una alucinación. ¡Apariciones, magia negra, espíritus infernales! ¡Esto es la bancarrota de la ciencia!

TELON

ACTO TERCERO

La cubierta de un yate iluminada y adornada para una fiesta. Es de noche. Los oficiales del barco, discípulas y discípulos del doctor, bailan, pasean y beben champagne que sirven los marineros. Música.

ESCENA I

TEDA y BOMBÓN

BOMBÓN — Que no quiero que bailes más con los oficialitos del barco. Que no quiero que bailes más que conmigo.

TEDA — Pero si tú no sabes bailar más que la danza del oso; además, estás ridículo con el smoking... Además aquí hemos venido a divertirnos y con un novio como con un marido, no se divierte una. ¿No ves lo que hacen todas?

BOMBÓN — Ya veo, ya veo. Pero yo estoy muy pesaroso de haber venido. Yo creí que esto sería una diversión honesta. Pero ya veo que aquí no hay nadie honesto más que yo.

UN MARINERO — ¿Champagne, señorita?

TEDA — Sí, sí; sirva usted.

BOMBÓN — No bebas más.

TEDA — Déjame, y bebe tú también. No hay nada más ridículo que un hombre encogido.

BOMBÓN — Yo no soy encogido, soy honesto.

TEDA — Bueno; pues no hay nada más ridículo que un hombre honesto. Cada virtud tiene su sitio particular, y la honestidad es como los relojes de pulsera, completamente femenina. Más champagne.

BOMBÓN — Que no bebas más, que vas a perder la cabeza, y eso es una disculpa para todo. Yo no veo la hora de volver a tierra. Nada de lo que aquí sucede es tranquilizador; sospecho que en todo esto hay alguna trama infernal como en una película. ¿Qué dirá el doctor, cuando sepa lo que aquí ha sucedido? Nos expulsará a todos de su cátedra, de su laboratorio; a nosotros por indignos, y a vosotras por más indignas todavía... Porque yo no sé con qué cara vais a presentaros algunas.

TEDA — Yo, hasta ahora, no tengo nada que reprocharme.

BOMBÓN — ¿Hasta ahora? pero si esto sigue como hasta ahora... pobre Margarita cuando sepa que su Octavio, apenas entró en el barco desapareció por una escotilla con esa señora y... hasta ahora, como tú dices...

TEDA — ¿Para qué ha sido tonta y no ha venido ella también?

BOMBÓN — ¿Para desaparecer por otra escotilla?

TEDA — Bueno, yo voy a bailar, a divertirme.

BOMBÓN — Estás desatinada. Entre el champagne y los oficialitos...

TEDA — Que son muy distinguidos, pero muy distinguidos... y tan bien uniformados...

BOMBÓN — Y tan bien formados, ¿no es eso? ¡Ay, porqué me habré yo dejado arrastrar! ¡Por qué me habré dejado yo arrastrar! (Salen.)

ESCENA II

MEFISTÓFELA y MEFISTÓFELES en figura de OCTAVIO

MEFISTÓF. ¿Estás pensativa, estás triste?

MEFISTÓFELA No, escuchaba la música. La música de noche, en una noche como esta, en medio del mar, dice muchas cosas. ¡Cómo bailan tus compañeros y tus compañeras! ¡Bien se divierten! ¿Y tú, estás pensativo también? ¿Es la noche en el mar? ¿Es la música?

MEFISTÓF. ¡Eres tú, mujer incomparable, eres tú!... Estoy enamorado de tí como...

MEFISTÓFELA Como un sabio, es decir, como un loco... ¡Ay! Estoy rendida.

MEFISTÓF. Hay motivo, hay motivo, como dice, creo que es Otelo, cuando se dispone a matar a Desdémona. A propósito: ¿qué piensas tú de Otelo? Si tu marido fuera como Otelo...

MEFISTÓFELA ¿Por qué me recuerdas a mi marido? Está muy lejos.

MEFISTÓF. Afortunadamente. ¿No es verdad?

MEFISTÓFELA Sería lo mismo. Ya te he dicho que es un ser superior.

MEFISTÓF. De modo que tú crees que aunque él supiera...

MEFISTÓFELA No le importaría nada; al contrario, se alegraría mucho.

MEFISTÓF. ¡Admirable marido! ¿Es que no te quiere?

MEFISTÓFELA Ya te he dicho que es un ser superior; de otro mundo; un mundo en donde no se ama.

MEFISTÓF. Y al que tú no puedes acostumbrarte, ¿verdad? Por eso viajas en este barco.

MEFISTÓFELA Mi barco ¡Eros! ¡Amor! Siempre errante por el mar, como el buque fantasma de la leyenda. ¡Quién pudiera anclarle aquí para siempre! Pero mañana... muy pronto tendré que dejar esta tierra.

MEFISTÓF. Y yo contigo.

MEFISTÓFELA No, tú no puedes venir conmigo. Voy muy lejos, y te quiero demasiado para exponerte a los riesgos de un viaje tan largo y a sitios que... ¿Por qué te he conocido? Yo me creía una mujer superior a todas las debilidades, dotada de un poder sobrenatural, y a tu lado, junto a tí, sólo soy una mujer, una mujercita de esas que se enamoran y hacen locuras.

MEFISTÓF. Y ¿qué inconveniente hay en que hagamos locuras... más locuras?

MEFISTÓFELA Sí, para eso estoy en el mundo; para hacer locuras, para que todos las hagan por mí... Pero eso era antes; ahora yo solo quisiera una locura; la de querernos siempre, hasta la muerte, y después... condenarnos juntos.

MEFISTÓF. ¿Por mí? No me asusta el Infierno.

MEFISTÓFELA A mí antes tampoco... Pero ahora, sí; ahora me asusta. Bebamos y olvidemos. ¡Qué triste estoy, qué triste! El verdadero amor es siempre triste...

MEFISTÓF. Y el verdadero champagne también. No bebas más.

MEFISTÓFELA Déjame, déjame, necesito olvidar. Debo parecerte muy romántica. Y lo soy. Si tú supieras que por tí, por esta aventura de amor, habré perdido una brillante posición social, casi un trono...

MEFISTÓF. ¿Por mí? ¿Casi un trono, dices?

MEFISTÓFELA Voy a contártelo todo. Yo he venido aquí... a esta tierra, enviada por unos seres... unos hombres, interesados en hacer desaparecer el invento de tu maestro. Yo debía seducirle, obligarle a destruir el secreto de su descubrimiento, y una vez conseguido llevarme conmigo al doctor y entregárselo a esos seres... a esos hombres que me han enviado. Y... ya lo ves, cuando ya le tenía en mi poder, cuando ya le había seducido... apareciste tú,

te ví y lo olvidé todo... Y ahora esos hombres me impondrán un terrible castigo por mi desobediencia; seré condenada... Y de mí no me importa; pero a tí también van a perseguirte, a condenarte. ¿Qué dices?

MEFISTÓF. ¡Es un número!

MEFISTÓFELA Yo sé que podría salvarte, pero tú no puedes aceptar la salvación por ese medio.

MEFISTÓF. ¿Qué medio?

MEFISTÓFELA Acabar lo que dejé empezado, seducir al doctor, obligarle a que destruya su secreto...

MEFISTÓF. Si no hay otro medio...

MEFISTÓFELA ¿Qué dices? ¡Entonces es que no me quieres! ¿Tú consentirías que yo?...

MEFISTÓF. ¿Con el pobre doctor?... Y si tú te salvas de ese modo... De mí nada me importa. ¡Pero tú! ¿Cómo puedes dudar de mí cuando se trata de salvarte? ¿Quieres que yo mismo te traiga al doctor?

MEFISTÓFELA ¡Octavio! Ahora lo veo. ¡Qué grande eres! ¡Qué sublime! ¡Tú mismo! ¿Serías capaz? Pero, ¿no vas a súfrir mucho?

MEFISTÓF. Sabré hacerme superior como tu marido.

MEFISTÓFELA No me recuerdes a mi marido. El tiene la culpa de todo.

MEFISTÓF. ¡Bastante trabajo tiene!

MEFISTÓFELA ¿Qué dices?

MEFISTÓF. Nada, nada; que es preciso salvarte y te salvaré. Iré a buscar al doctor... Ya sé que a él no puedes quererle como a mí.

MEFISTÓFELA ¿Lo dudas? Ahora me alegraría de que no se dejara seducir.

MEFISTÓF. Eso no. ¿Quién resiste a tus encantos?

MEFISTÓFELA Es que ya no sé si sabré. ¡Octavio, Octavio mío! ¡Es horrible! ¡Tener que faltarte!

MEFISTÓF. ¡Cómo ha de ser...!

MEFISTÓFELA Pero dime que no te importa... Es decir, no; dime que sí te importa; pero que...

MEFISTÓF. Me importa y no me importa.

MEFISTÓFELA Eso, eso es lo que yo quiero.
MEFISTÓF. Voy a buscarle... Pero calle, es su voz, es él...
MEFISTÓFELA Parece cosa de magia.
MEFISTÓF. (Aparte.) No, pues esta vez no lo es, desgraciadamente... Es él, es él. ¡Diablo de hombre!

ESCENA III

DICHOS, el Dr. FAUSTO y un marinero.

FAUSTO Le digo a usted que puedo pasar, que estoy invitado por la dueña del yate. Tengo precisión de verla, de hablarla... Entréguele usted esta tarjeta.
MEFISTÓFELA No es preciso. Aquí estoy... Deje usted pasar. El doctor está en su casa. (Sale el marinero.)
FAUSTO Señora...
MEFISTÓFELA (Aparte.) Vestido de ceremonia está más ridículo.
MEFISTÓF. (Aparte.) Habrá que hacer diabluras para sustituirle.
MEFISTÓFELA Vaya, doctorcito; así me gusta. ¿Ves cómo por fin te has animado a venir? Si lo estabas deseando, pero los sabios sois muy hipócritas; querías disimular delante de tus discípulos. ¡Buenos están tus discípulos! Asómate, asómate por ahí y verás cómo se divierten. En cuanto a tu discípulo predilecto, aquí le tienes, a mi lado y te aseguro que no se ha aburrido. ¿Verdad, Octavio?
FAUSTO Señora, el fenómeno atmosférico de esta tarde ha producido una epidemia de locura, como las famosas de la Edad Media; una perturbación cerebral cuyo estudio absorberá por completo el resto de mi vida. Mi mujer está loca, mis discípulos han perdido el juicio, yo no estoy muy seguro del mío... En

cuanto a usted, señora, yo no me atrevo a calificar su conducta, pero ha revolucionado usted a mis discípulos.

MEFISTÓFELA Y a sus discípulas.

FAUSTO Ha destruído usted los maravillosos efectos de mi vacuna. ¡Mi pobre invento!

MEFISTÓFELA Vamos, doctorcito. ¿No habíamos quedado en que tu invento, su secreto, su fórmula, todo estaba a mi disposición? ¿Ya no te acuerdas? Cuando te sentiste rejuvenecido y casi llegaste a darme miedo...

FAUSTO Señora, señora...

MEFISTÓFELA Y si no llega tu discípulo tan a tiempo... yo no sé lo que hubiera pasado.

FAUSTO ¿Mi discípulo? ¿Oyes esto, Octavio? ¿Cuándo me has sorprendido tú de conversación con esta señora?

MEFISTÓF. Perdone usted, maestro; el respeto me impide desmentirle a usted; la galantería, desmentir a una dama.

FAUSTO Entonces, ¿es que yo estoy loco? ¡Endemoniado! Porque ¡ay, Octavio! Si yo te dijera que he visto... que he creido ver al diablo...

MEFISTÓFELA ¡Ay, pobre doctorcito! En figura de mujer, ¿no es verdad? Me has visto a mí, que soy diablesa... femenina, como tú dices.

FAUSTO No, no; he visto al diablo; a Mefistófeles.

MEFISTÓFELA ¿Eh? ¿Qué dice usted? ¿A Mefistófeles?

FAUSTO Sí; que me ha prometido dejarme viudo.

MEFISTÓF. Le habrá usted dado las gracias.

MEFISTÓFELA No, Octavio, no te burles... Lo que dice el doctor... si eso fuera verdad, mi castigo estaría cerca... y el tuyo... ¡La condenación para siempre! ¡Si tú supieras! No hay que perder tiempo, pero... ¡Es horrible! Déjame, déjame...

MEFISTÓF. Sí, ya te dejo... Los malos ratos pasarlos pronto... (Obscuro.)

MEFISTÓFELA ¡Ay! ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

MEFISTÓF. No es nada. Nos hemos quedado a obscuras... Aprovecho la obscuridad para dejarte a solas con él. ☺ (Desaparece.)

FAUSTO No veo nada... ¡Señora! ¡Octavio!... No estoy tranquilo. ¿Qué significa esto? ¡Ay! (Se cae por un escotillón.)

MEFISTÓFELA ¡Doctor! ¡Doctor! ¿Qué le sucede a usted? ¿Se ha caído usted? (Sale Mefistófeles en figura del doctor. Vuelve la luz.)

MEFISTÓF. No, no ha sido nada... En la obscuridad tropecé y me he caído... (Si no ando listo...)

MEFISTÓFELA ¿Se ha hecho usted daño?

MEFISTÓF. No, no; el susto nada más... ¿Y mi discípulo?

MEFISTÓFELA Ha creído que nos estorbaba y nos ha dejado solos.

MEFISTÓF. Ha hecho bien. Ahora ya no tengo inconveniente en reanudar nuestra conversación, interrumpida en el momento culminante. ¿Verdad? No extrañéis mi disimulo... en presencia de mis discípulos... Sería perder la fuerza moral.

MEFISTÓFELA (¡Ah! Ahora me parece más feo y más viejo.)

MEFISTÓF. Pero aquí me tienes otra vez como antes. ¡Mi Mefistófela!

MEFISTÓFELA No me llames así... me asustas.

MEFISTÓF. Es que a tu lado vuelvo a sentirme rejuvenecido.

MEFISTÓFELA Por desgracia.

MEFISTÓF. ¿Por desgracia dices?

MEFISTÓFELA Sí; porque yo quisiera que tu afecto por mí fuera un afecto paternal, tranquilo.

MEFISTÓF. ¿Ahora dices eso? ¿Ahora vamos a moralizar? Eres coqueta como el mismo demonio.

MEFISTÓFELA ¡No me llames demonio! ¡Maldito sea el demonio!

MEFISTÓF. ¡Mujer!

MEFISTÓFELA Mujer, eso sí; muy mujer... Por eso... ¡Ay, doctorcito! Si tú supieras, si tú fueras bueno conmigo.

MEFISTÓF. ¿Qué quieres de mí?

MEFISTÓFELA Que seas grande, que seas generoso, que destruyas tu invento sin exigirme nada en cambio.

MEFISTÓF. ¡Destruir mi invento! ¿Sin una compensación? Recuerda lo que me prometiste en cambio... La juventud, el amor...

MEFISTÓFELA Y ¿para qué quieres tú juventud? Si de joven es cuando se pasa peor en la vida... ¿Qué puede haber en la juventud más que pasiones turbulentas, inquietudes del corazón. La juventud es la edad de los crímenes, del suicidio, de la falta de dinero... ¡Esas canas venerables inspiran un respeto! Hay una majestad en ellas, un noble reposo... Y el amor... ¿Para qué quieres el amor? ¿No sabes lo que es el amor?

MEFISTÓF. Se me ha olvidado y quiero refrescar la memoria.

MEFISTÓFELA Sabio mío, viejecito mío.

MEFISTÓF. Pero qué afán tienes ahora por llamarme viejo...

MEFISTÓFELA Para que seas bueno. Entrégame ese secreto y me salvas... y salvas al hombre que amo... porque estoy enamorada, muy enamorada.

MEFISTÓF. ¿De mi discípulo?

MEFISTÓFELA Sí; de tu discípulo.

MEFISTÓF. (Aparte.) Esto de engañarse a uno con uno mismo, no quita para que uno mismo no tenga celos de uno mismo. (Alto.) ¡Enamorada de mi discípulo! Un muchacho tan corto, tan tímido... Yo no sé qué has podido ver en mi discípulo.

MEFISTÓFELA No me ha dado tiempo de ver nada... ¡Ha sido como el rayo! Pero yo nunca he querido como le quiero... Hasta olvidarme de todo; de lo que he sido, de lo que soy, de lo que me espera, si tú no eres bueno conmigo.

MEFISTÓF. (Aparte.) Quiero probar, como esposo, hasta

dónde llega su fidelidad como amante. (Alto.) ¿Y tú crees, tú crees que yo puedo dejarme suplantar por mi discípulo, que si algo sabe es porque lo ha aprendido de mí?

MEFISTÓFELA ¡Pues eres un maestro admirable!

MEFISTÓF. Gracias. ¿Qué dirían mis colegas de la Academia de Ciencias si supieran que una mujer se había burlado de mí? No, no, tus diabólicas coqueterías no te valen conmigo. ¿Me has vuelto loco? Pues... ¡la locura! ¡Te quiero y te quiero!... ¡Es la locura!

MEFISTÓFELA ¡Ay! Suelta, suelta... Me asustas... ¡Octavio, Octavio!

MEFISTÓF. No le llames, porque le mataré. ¡Es la locura! Me siento capaz de todo, hasta de la tragedia.

MEFISTÓFELA No, no; tranquilízate... No pongas esos ojos, que me da mucho miedo... (Aparte.) ¡Ay! ¿Por qué me habrán dado a mí este encarguito? (Alto.) Cálmate, siéntate aquí... Sé bueno, estate quietecito... Ya se arreglará todo; pero no hables de matar a nadie.

MEFISTÓF. No, no juegas conmigo. ¡Mujer infernal! ¡Serás mía, mía, como me has prometido, o... ¡La locura!

MEFISTÓFELA Sí, tuya, tuya... ¡No me asustes!... (Aparte.) ¡Octavio, Octavio! ¿Por qué me han dejado un corazón de mujer si tenía que ser diablesa?

(Se oye la voz de Elsa dentro.)

ELSA Sí; el doctor Fausto... Soy su señora... Anúncieme usted.

MEFISTÓFELA ¡Ah! ¡Me he salvado! ¿Oyes? Esa voz... Es tu mujer, tu mujer que vendrá celosa a buscarte.

MEFISTÓF. ¿Mi mujer? ¿A qué viene aquí ese esperpento?

MEFISTÓFELA ¡Calla, ten prudencia! Pase usted, señora, pase usted. Aquí tiene usted a su marido. (Entra Elsa.)

ESCENA IV

DICHOS y ELSA

ELSA ¡Ah, señora! Usted perdonará, pero lo que me sucede es horrible.

MEFISTÓFELA Lo sé, señora; pero tranquilícese usted. Aquí tiene usted a su marido, aquí le tiene usted.

MEFISTÓF. No, señora. Yo no soy su marido... Yo no tengo nada que ver con esa señora, que puede marcharse por donde ha venido, si no quiere que la tire al mar de cabeza.

ELSA ¿Oye usted, oye usted? ¡Es horrible!

MEFISTÓFELA No haga usted caso.

ELSA Te advierto que no he venido sola. Cuando volví de mi desmayo, del que tú y yo sabemos la causa, me dijeron que habías salido, que te habías dirigido al puerto, que habías tomado una lancha; supuse que habías venido aquí, al barco de esta señora, y aquí estoy; pero ya te lo he dicho, no he venido sola; traigo conmigo a un médico y a un comisario, a dos loqueros y a dos policías.

MEFISTÓF. Todos los necesita usted.

ELSA ¿Yo, verdad?... Ahora veremos... Si estás lōco, como yo creo, como yo quiero creer para disculparte, te entregaré al médico y él te pondrá en cura... Pero si eres un malvado, un hipócrita, si estás aquí porque me engañas y has llegado al extremo de buscar un asesino pagado para deshacerte de mí...

MEFISTÓF. ¿Pagado? No, señora; se trata de un amigo y la despachará a usted gratis y con mucho gusto.

ELSA ¿Lo oye usted? Hay que atenerse a la locura; de otro modo su cinismo sería inaudito. Por-

que sépalo usted... Esta tarde, al entrar en su habitación, oí que hablaba con un hombre siniestro, embozado en una capa colorada...

MEFISTÓFELA ¿En una capa colorada, dice usted?

ELSA Por lo menos a mí me pareció colorada; será que como antes de reparar en él oí lo que decía, ya todo lo ví colorado... color de sangre... porque, sépalo usted, aquel hombre le decía a mi marido: Yo te prometo dejarte viudo.

MEFISTÓF. Y es hombre de palabra

ELSA Ya ve usted si todo esto no es horrible. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo pensar?

MEFISTÓFELA Tranquilícese usted. Usted no tiene que temer nada. ¡Yo sí que estoy perdida!

ELSA ¿Usted?

MEFISTÓFELA Sí; ese hombre no era un hombre... ¡Era mi marido!

ELSA ¿Su marido de usted?

MEFISTÓF. (Aparte.) ¡Mi pobre diablesa!

MEFISTÓFELA Sí; mi marido, que viene a castigarme por no haber seducido a su marido de usted.

ELSA ¡Pues sí que es un marido!

MEFISTÓFELA Porque yo debía haber seducido a su marido de usted, por encargo del mío. ¡Era mi obligación!

ELSA ¡Me gusta la obligación!

MEFISTÓFELA Pero me ha faltado valor.

ELSA Lo comprendo.

MEFISTÓFELA Pero si mi marido está aquí... estoy perdida; puede aparecerse de un momento a otro...

MEFISTÓF. (Bajo a Mefistófela.) Y va a llevarse un disgusto cuando sepa que no le has engañado conmigo... De modo que... No quieras disgustarle.

MEFISTÓFELA Sí, sí... pero... está aquí tu mujer, tu infeliz esposa, la que durante muchos años ha sido tu compañera fiel...

MEFISTÓF. ¡Estás enterada!

MEFISTÓFELA No la calumnies para justificarte. ¡Así sois los hombres! ¡Infeliz señora!

MEFISTÓF. Que se quite de mi presencia o la mato.

MEFISTÓFELA ¡Calla, calla! Yo la alejaré de aquí. Espera en mi camarote... Esta es la puerta. Apaga la luz y espérame... Yo diré al entrar: Soy yo; tu Mefistófela.

MEFISTÓF. ¿No me engañarás? Mira que tú no sabes de lo que sería capaz...

MEFISTÓFELA No, no te engaño, espérame... vuelvo en seguida... Señora, tranquilícese usted, su marido no tiene culpa de nada; soy yo quien le ha trastornado con mis coqueterías, con mis encantos infernales... Infernales, sí, no lo niego... Pero tampoco es mía la culpa; no me juzgue usted mal; no es mía la culpa. Ya lo ve usted, ya está más calmado; era una locura pasajera. Yo se lo devolveré a usted tranquilo. Vámos, doctor, entre usted en mi camarote, descanse usted; ahí tiene usted jerez, champagne...

MEFISTÓF. Por no ver a esa señora, obedezco... y espero. ¿No tardarás?

MEFISTÓFELA No, no. (Mefistófeles entra en el camarote.) Venga usted conmigo, yo le diré a usted lo que ha de hacer para calmarle del todo. Ahora voy a buscar a mi Octavio. Si llega mi marido, su vida peligra.

ELSA ¿Octavio, dice usted? ¿Su Octavio?

MEFISTÓFELA Sí; ese es el que me importa; el único hombre que yo he querido. Bien puede usted estar tranquila por su esposo.

ELSA ¿Octavio, dice usted? ¿Pero cuándo ha venido aquí?

MEFISTÓFELA Cuando todos los discípulos del doctor vinieron conmigo a la fiesta en mi canoa automóvil.

ELSA Pero si al salir yo de casa estaba allí dormido

como un bendito en el laboratorio. (Aparte.) ¡No estaría yo tan tranquila!

MEFISTÓFELA Creería usted verle; no sería él. Pronto va usted a convencerse.

ELSA (Aparte.) No quisiera. Sin duda usted cree que Octavio es algún otro discípulo de mi marido. Octavio, el verdadero Octavio, no puede estar aquí, o mucho me equivoco... y sentiría equivocarme.

MEFISTÓFELA No sé, señora... Acaso... Pero, en fin, si no es él el que yo conozco, crea usted que yo no sentiría haberme equivocado. (Salen.)

ESCENA V

MEFISTÓFELES sale del camarote con sigilo, envuelto en la capa roja de día.

MEFISTÓF. ¡Mi pobre diablesa! Completamente derrotada. Es muy divertido. Creerá que no he penetrado en sus intenciones. Ahora, aprovechando la obscuridad del camarote, me enviará a la mujer del doctor con el santo y seña: soy tu Mefistófela... Y creerá que puede engañarme como doctor, cuando no ha podido engañarme como marido. Ahí queda el verdadero doctor, y cuando venga la doctora... ¡allá ellos! Observaré haciéndome invisible. Así descanso. Acostumbrado a mi forma etérea, estoy rendido de haber soportado esos cuerpos físicos. ¡La humanidad es tan pesada! Por fortuna, apenas amanezca, hundiré el barco con todos sus tripulantes, y con mi derrotada esposa me presentaré en el Infierno con mi cargamento de condenados, para que vea Lucifer que no es Mefistófela, sino Mefistófeles el que ha vencido. Pero ¿qué veo? No es la doctora. Es ella. ¿Qué sucede? (Se pone el monóculo.) Leeré en el pensa-

miento. ¡Ah, las mujeres! En un instante ha cambiado de idea. Ni el mismo demonio puede saber lo que piensa una mujer de un momento a otro. Volveré a tomar la forma del doctor. Está escrito; en cuanto se es marido, ni el mismo demonio puede descuidarse. (Entra en el camarote.)

ESCENA VI

MEFISTÓFELA

MEFISTÓFELA Lo he pensado mejor. No hay más remedio, será un mal rato, pero no hay más remedio. ¿Cómo me presento yo ante Lucifer sin haber cumplido mi encargo? Mi castigo sería espantoso; me relegarían al último lugar de las condenadas, entre las solteronas y las sufragistas, donde padecen eternamente rodeadas de perros, gatos y loros. ¡Oh, sería horrible! Y mis compañeras, las otras condenadas, que esperan de mí su reivindicación, me recibirían como furias... furias del Infierno. ¡Octavio! ¡mi Octavio! Mientras fuí mujer en la tierra, nunca fué mi virtud la fidelidad, y ahora que soy diablesa, quisiera ser fiel a un hombre por primera vez en mi vida. Pero las exigencias de mi posición me lo impiden. (Llamando al camarote.) Soy yo, tu Mefistófela... No me oye, no contesta... Yo creo que ya he cumplido... No es culpa mía si... ¡Pero vaya usted al Infierno con estas disculpas! Si ocurriera algún cataclismo que me impidiera entrar... Pero, señor, yo que cuando no era más que mujer, no le daba a estas cosas la menor importancia... Y es que nunca había querido, es que ninguno supo hacerse querer como Octavio... ¡Ah, la doctora! Ahora sí que tengo disculpa; ya no pue-

do entrar decorosamente en presencia de su mujer... Pero no viene hacia aquí, pasa de largo... ¿Por qué le importará tan poco a esta señora de su marido? ¿Por qué no estará celosa y no vendrá a estorbarme?... Claro está, es que la importa más el discípulo, como a mí. Pues eso sí que no, yo la llamo. Esa señora está obligada a cumplir sus deberes de esposa. Yo no puedo consentir que ponga en ridículo a su pobre marido... Es curioso; desde que soy diablesa, me ha dado por moralizar... Y es que estoy desempecatada... ⊖ Pues yo la traigo aquí, la encierro con su esposo y... Señora, señora, venga usted en seguida...

ESCENA VII

MEFISTÓFELA y ELSA

ELSA ¿Ha aparecido Octavio?

MEFISTÓFELA Si usted no le ha encontrado... tendría usted razón; no estaría aquí; seré yo la equivocada.

ELSA Me extrañaba mucho que hubiera venido, aunque usted le hubiera invitado como a todos, porque para desgracia suya está muy enamorado.

MEFISTÓFELA Ya; de alguna señora de cierta edad. ¿No es eso?

ELSA ¡Ay, no señora! La señora de cierta edad, y ya sé por quién lo dice usted, y no me molesta, es muy desgraciada. Octavio está locamente enamorado de una jovenzuela, una discípula de mi marido; se casará muy pronto.

MEFISTÓFELA ¿Qué dice usted? ¡Eso sí que no! ¡Casarse, casarse él!

ELSA ¡Todos se casan! ¿Pero es que también le ha dado su marido de usted el encargo de seducir a este como a mi marido? A propósito, ¿qué es de mi marido?

MEFISTÓFELA Ahí está, señora, entre usted... Espere usted... Soy yo, tu Mefistófela...

ELSA ¿Qué dice usted?

MEFISTÓFELA Silencio, señora, entre usted en silencio... y no se sorprenda usted por nada; los maridos, a lo mejor, suelen dar sorpresas.

ELSA (Asomándose al camarote.) No veo a nadie. ¡Fausto, Fausto!

MEFISTÓFELA Calle usted, señora, calle usted. (La empuja y cierra la puerta.) ¡Ah! Si ahora fuera yo una mujer, mi conciencia estaría muy satisfecha, me sentiría orgullosa; he unido a un matrimonio. Pero como soy diablesa, tengo unos remordimientos horribles. ¿Qué dirán de mí en el Infierno, cuando lo sepan? Que soy una diablesa sin principios inmorales, indigna de mi posición. (Se oye un grito y sale Mefistófeles en figura de doctor.) ¡Ay! ¿Qué ha sucedido? ¡Ese grito horrible! Doctor, ¿qué ha hecho usted? ¿Y su señora?

MEFISTÓF. La he tirado al mar de cabeza por el ojo de buey del camarote.

MEFISTÓFELA ¡Doctor!

MEFISTÓF. Por desgracia creo que la han visto caer unos marineros y se han arrojado a salvarla. ¿Creiste que podías engañarme, darme gato por liebre?... ¡Y qué gato! ¿No sabes quién soy yo? ¿No te dije que llegaría al crimen?

MEFISTÓFELA Sí, sí; ya lo veo; ya veo que tengo que ser tuya; no hay quien me salve. ¡El Infierno lo quiere!

ESCENA VIII

DICHAS, OCTAVIO y MARGARITA

OCTAVIO Vas a convencerte ahora mismo; vas a convencerte...

MEFISTÓFELA ¡Ah, esa voz! ¡Octavio! ¡Estoy salvada, mi Octavio!

MEFISTÓF. (Aparte.) Con esta complicación no contaba yo!

MEFISTÓFELA ¡Octavio mío!

OCTAVIO ¡Señora!

MEFISTÓFELA ¿Dónde estabas? ¿Quién es esa mujer? ¿Es verdad lo que ha dicho la doctora?

MARGARITA ¿Lo ves? Dime ahora que estoy engañada, que no has estado aquí, que has pasado la noche durmiendo en el laboratorio.

OCTAVIO ¿Pero no me has encontrado allí tú misma?

MARGARITA Sí, cuando estabas de vuelta, como si yo no te hubiera visto embarcar con esta señora, con todos.

OCTAVIO Señora, por favor... Maestro, usted que está aquí afortunadamente. ¿He venido yo aquí esta noche antes de ahora?

MEFISTÓFELA ¡Oh, qué infame! ¡Era verdad, era verdad! Es tu novia, tu prometida. ¡Y me dijiste que no habías querido nunca a ninguna otra mujer... Y yo lo creí... porque era para creerlo.

OCTAVIO Señora, señora, ¿qué se propone usted? ¿Cuándo le he dicho yo semejante cosa? ¿Cuándo he cruzado yo con usted más que frases de cortesía, cuando se empeñó usted en que la acompañara al laboratorio y allí me sentí algo indispuesto y... ya no sé más; se que he dormido, sé que me he despertado...

MEFISTÓFELA ¿Serás capaz de decir que todo ha sido un sueño? No lo crea usted, ha èstado aquí, me ha jurado un cariño eterno.

MARGARITA ¿Lo ves, lo oyes? ¡Infame, infame! No contento con engañarme, quieres volverme loca, que yo llegue a dudar de lo que he visto, visto, visto...

OCTAVIO Si el que va a volverse loco soy yo.

MEFISTÓF. Vamos, calma, calma, reflexionemos; es preciso reflexionar; acaso todos tienen razón.

MEFISTÓFELA ¡Ay, doctor, yo tengo mucho miedo. Empie-

zo a sospechar que es mi marido el que tiene la culpa de todo.

MEFISTÓF. ¿Su marido de usted? (Como mujer es más lista que como diablesa)... Y, ¿quién es su marido de usted?

MEFISTÓFELA No quiera usted saberlo... ¡Octavio, Octavio!

OCTAVIO Señora, por una coquetería diabólica, inexplicable, ha hecho usted imposible mi felicidad. No hay quien convenza a esta criatura que soy inocente.

MEFISTÓFELA ¡Y lo dice con una seguridad! ¡Inocente!

MARGARITA ¡Doctor, doctor, mi maestro querido, soy muy desgraciada! ¡Ya ve usted de lo que ha servido su vacuna.

MEFISTÓF. No llores, hija mía; no llores. (Y qué monina es y qué interesante; de estas caen pocas en el Infierno)... Abrázame, hija, abraza a tu maestro. (Me aprovecharé).

MARGARITA Ya no me queda más cariño que el de usted en el mundo.

MEFISTÓF. ¡Caramba! ¿A que por fin soy yo el que se la pega a mi mujer?... Bueno, bueno, no me abraces más, que me sofocas.

OCTAVIO ¿Pero cómo he de acordarme, señora, cómo he de acordarme?

MEFISTÓFELA ¿Es posible? ¿No te acuerdas de nada? ¡Y a mí que no se me olvidará nunca!

MEFISTÓF. (Estoy por hacer una diablura)... Octavio, parece mentira que tú... hayas dado lugar...

OCTAVIO Le juro a usted, maestro...

MEFISTÓF. No repliques. Mientras te vean, su justa indignación no permitirá que nos entendamos; yo lo pondré todo en claro. Entra aquí un momento.

OCTAVIO Pero doctor...

MEFISTÓF. Entra y espera. Yo hablaré con las dos. Ten confianza en tu maestro.

OCTAVIO Sí, señor, confianza absoluta. (Entra en el camarote.)

MEFISTÓFELA ¡Y este era el primer hombre a quien yo no hubiera engañado!

MARGARITA ¡Si todavía me hubiera confesado su extravío! ¡Pero atreverse a sostener que no ha estado aquí!

MEFISTÓF. No llores, hija mía, no llores, y abraza a tu maestro.

MEFISTÓFELA Usted es más dichosa que yo; tiene usted a su maestro para consolarla; pero a mí, ¿quién me consolará?

MEFISTÓF. Abrázame también; así; cada una por su estilo. (No se está mal en la Tierra).

MEFISTÓFELA Usted no debe llorar, se queda usted aquí con él... Yo marcharé muy pronto y muy lejos y muy sola, para volver a un país horrible, con un marido a quien aborrezco.

MARGARITA Bueno debe de estar su marido de usted cuando le consiente a usted la vida que lleva.

MEFISTÓF. (Bueno me están poniendo).

MEFISTÓFELA ¿Mi marido? No sólo lo consiente; él aún quisiera la llevase peor... porque de eso vive.

MARGARITA ¡Qué sinvergüenza! Con un marido así, lo comprendo todo.

MEFISTÓF. ¡Eh, caramba, caramba! No se puede juzgar a un marido tan de ligero... Decir que él consiente, que de eso vive... cuando tal vez no vive ni descansa por quererla a usted demasiado, porque le atormentan los celos... Unos celos furiosos, infernales... Cuando quizá por usted ha sacrificado su dignidad, su deber, casi un trono...

MEFISTÓFELA Pero, ¿qué dice usted, doctor?; ¿va usted a defender a mi marido?

MARGARITA El doctor es tan bueno...

MEFISTÓFELA No me hable usted de él. ¡Le aborrezco, le odio! ¡Si supiera usted quién es mi marido!

MEFISTÓF. ¡No lo sabe usted... no lo sabes, y cuando lo sepas, cuando sepas de lo que ha sido capaz

por quererte... (Obscuridad, un gran trueno. Salen todos corriendo y gritando. Aparece Lucifer con Belcebú y demonios vestidos con vistosos uniformes.) ¡Estamos perdidos! ¡Lucifer ha llegado a la Tierra!

LUCIFER Para castigarte como reo de alta traición.

MEFISTÓF. ¡Señor! ¡Majestad!

MEFISTÓFELA ¡Lucifer! ¡Señor!

LUCIFER Llevadle de aquí, despojadle de esa figura ridícula. (Los demonios se llevan a Mefistófeles.)

MEFISTÓFELA ¿Pero es que?...

LUCIFER Sí, el doctor Fausto era él, Mefistófeles, y también su discípulo, el que te ha enamorado.

MEFISTÓFELA ¡Ah, era él! ¡Era él! ¡Mefistófeles! ¡Ya decía yo que era un ser sobrenatural!

LUCIFER Mefistófela, infeliz diablesa, tú no tienes culpa de nada y seré generoso contigo. La traición ha sido de Mefistófeles. Al beber en la copa de los siete pecados, el traidor la tocó apenas con sus labios, y no pudo transmitirte su poder y su ciencia; se ha burlado de tí y de todos. Y lo más horrible, lo que yo no puedo perdonar ni puede consentirse en mi reino es que no ha sido por traición, alevosía, envidia o cualquiera de esas nobles pasiones que todo lo justifican. Ha sido... ¡Espantáos todos! porque se ha enamorado de tí como un hombre. (Sale Mefistófeles en su figura.)

MEFISTÓF. No es verdad.

LUCIFER ¿Te atreves a desmentirme?

MEFISTÓF. Como un hombre, no... como un bruto.

LUCIFER Desde hoy quedarás relegado en el Infierno al más bajo y despreciable lugar, a la carbonera.

MEFISTÓFELA Señor: sed más cruel todavía. Permitid que nos quedemos en la Tierra y que seamos en el mundo marido y mujer. Si es celoso, ¿para qué más infierno?

MEFISTÓF. Es verdad. Y ahora ya no podré defenderme.

MEFISTÓFELA Descuida; cuando un marido sabe cumplir su deber como tú, ya puede estar tranquilo.

LUCIFER Bien está; permaneced en la Tierra; estoy seguro de que volveréis por allí.

MEFISTÓF. Amigo doctor, perdone usted que no le haya podido cumplir mi palabra.

DOCTOR ¡Cómo ha de ser! De todos modos, muy agradecido.

ELSA Para mí han sido todos los sustos, los sobresaltos.

MEFISTÓF. Pero esté usted tranquila; su marido sigue sin enterarse de nada.

ELSA A un diablo tan simpático hay que perdonarle todas las diabluras y más que hubieran sido.

MEFISTÓF. (No escarmienta).

LUCIFER Mefistófela, al volver al Infierno, ¿qué diré en tu nombre a las mujeres que esperaban por tí ascender a diablesas?

MEFISTÓFELA Señor, decirle de mi parte... lo que voy a decir a estas señoras, ya que desde que he sido diablesa, me ha dado por moralizar:

Si eres cuanto puedes ser
con ser mujer, ¿qué más quieres?
Si por ser mujer ya eres
ángel, demonio... y mujer. ⊖

TELON

NOTA IMPORTANTE

Las Compañías que deseen hacer esta obra como *Comedia* deberán entenderse con el maestro D. Prudencio Muñoz, de la Sociedad de Autores, para las ilustraciones musicales; del mismo modo, las que quieran representarla como *Opereta* habrán de pedir el material de orquesta, partes de apuntar y guión director a la Sociedad de Autores Españoles.

ADVERTENCIA.—(Para representarla como *Opereta*).—Las frases marcadas con este signo ⊖ son las que sirven de pie para la entrada de los respectivos números musicales.

FRASES SOBRE LAS CUALES HA DE COMENZAR LA MÚSICA

ACTO PRIMERO

UJIER Su Majestad.

Número 1.

(Salida de Lucifer.)

BELCEBÚ Es un específico; sirve para todo.

Número 2.

LUCIFER

Renovación, renovación;
no hay otra solución;
en tan difícil situación
hay que aceptar la evolución
para evitar
una revolución.

TODOS

Renovación, renovación,
en tan difícil situación,
hay que aceptar la evolución
para evitar
nuestra dimisión.

LUCIFER

Renovación, renovación
o renovarse o perecer.
Renovación, renovación,
tú tienes nombre de mujer.

BELCEBÚ

Pues ese nombre ya me inquieta
que la mujer, cuando es hermosa,
no teme al diablo ni al infierno,
y es tan diabólica y coqueta
que puede hacernos la forzosa
y perturbar todo el gobierno.

LUCIFER

¡Oh! Belcebú, gran consejero,
nada resuelve el pesimismo,
deja que suban las mujeres,
deja que triunfe el feminismo.

BELCEBÚ

A mí me es lo mismo.

LUCIFER

Venga al poder una mujer
que ella solo mil problemas
puede resolver.

SATANAQUIA

¡El de la luz!...

LUCIFER

Con sus miradas.

ASTAROT

¿Las subsistencias?

LUCIFER

Con suspiros...
que si un suspiro no alimenta,
al menos deja algún respiro.

LUCÍFUGO

¿Y los transportes?

LUCIFER

Con transportes
de su ilusión y su cariño.

TODOS

¿Y del carbón?

LUCIFER

No hay que apurarse;
es el problema más sencillo,
pues si el marido es un demonio,
y ese demonio es nuestro amigo,
habrá carbón en abundancia
con el carbón de su marido.

TODOS

Y si nos ganan la partida,
por la mitad nos han partido.

BELCEBÚ

¡Nos hemos lucido!

LUCIFER

Vengan las mujeres

TODOS

Por mí, que vengan.

LUCIFER

Tengan los poderes.

TODOS

Por mí que los tengan.

LUCIFER

¡Triunfen las mujeres
y caiga el que caiga;
haya aquí ministras...

BELCEBÚ

Por mí, que las *haiga*.

TODOS

Renovación, renovación,
o renovarse o perecer.
Renovación, renovación;
tú tienes nombre de mujer.

LUCIFER Avisad a Mefistófeles que se digne comparecer ante el Consejo.

Número 3.

(Salida de Mefistófeles.)

MEFISTÓF. Conozco el mundo como si lo hubiera hecho.

MUSICA.—**Número 4.**

(Mefistófeles y los ministros.)

MEFISTÓF. Como soy un diablo listo
yo sé lo que el mundo encierra,
y en mis viajes a la tierra,
nadie vió lo que yo he visto.
TODOS ¿Qué has visto, Mefisto?...
MEFISTÓF. He visto...
TODOS ¿Qué has visto?...
MEFISTÓF. He visto las cosas del mundo que son muy
[curiosas.
unas aburridas, otras muy graciosas.
Ya nada me asusta, ya nada me aterra,
¡Qué cosas, amigos, qué cosas
he visto en la tierra!
TODOS ¿Qué has visto, Mefisto?
¿qué has visto?...
MEFISTÓF. He visto... he visto
a más de un ministro en España que habla el
[castellano
de un modo correcto,
cuando ya, en España, no cobra un cristiano
si no habla en dialecto.
He visto...
TODOS ¿Qué has visto, Mefisto?...
MEFISTÓF. He visto...
TODOS ¿Qué has visto?...
MEFISTÓF. He visto a un civil de ministro
del ramo de guerra y he visto...
TODOS ¿Qué has visto?...
MEFISTÓF. He visto... ¡Las cosas que he visto en la tierra!
He visto una junta
que apunta
y no tira y no hay quien la entienda;
y he visto que todos, con muy buenos modos,

defienden lo suyo, pero lo de todos
no hay quien lo defienda.
He visto...

TODOS ¿Qué has visto, Mefisto?...

MEFISTÓF. He visto... He visto a un modisto
que acorta las faldas y alarga las cuentas
y he visto a las gentes, andar a las tantas
a tontas y a tientas.
He visto a una chica muy rica,
caerse en la calle con tanta fortuna,
que al caerse...

TODOS ¿Qué has visto, Mefisto?...
¿qué has visto?...

MEFISTÓF. He visto...
¡Las cosas que he visto en la luna!

TODOS Mefisto es un diablo muy listo
que todo lo sabe y todo lo ha visto.

ASTAROT. Señores, la ceremonia empieza.

Número 5.

(*Marcha nupcial: Mefistófela, condenadas, condenados y acompañamiento.*)

TODOS

De orden del gran Lucifer
demonio es ya la mujer.
Al poder
ha subido una gran mujer
¡Evohé!
para el Infierno un triunfo es
¡Evohé, Evohé!

TODOS ¡Matrimonio, matrimonio!

MUSICA.—**Número 6.**

(*Mefistófela, Mefistófeles, Lucifer, ministros, condenadas, condenados y acompañamiento*)

TODAS ¡Matrimonio, matrimonio, matrimonio!
BELCEBÚ Matrimonio está muy feo
y resulta inconveniente;
decid todas: Himeneo,
que es más clásico y decente.
TODAS ¡Himeneo, Himeneo!
BELCEBÚ Ya lo veo, ya lo veo.
Y hace tiempo que por casa
no pasaba lo que pasa,
que me pasa y no lo creo.
TODAS ¡Himeneo, Himeneo!...
BELCEBÚ Que me pasa y no lo creo.
MEFISTÓFELA Belcebú, no te alborotes,
que con muy buenos deseos,
ya no estás para esos trotes
ni para estos himeneos.

BELCEBÚ Ya lo veo, ya lo veo,
que no estoy para Himeneo.

TODOS Ya lo veo, ya lo veo,
que no está para Himeneo.

MEFISTÓFELA Ha de ser más divertido
en cuestión de matrimonio,
un demonio de marido
que un marido del demonio.
El calor es sofocante
y un marido es refrescante,
y si acaso el pobrecillo
no refresca lo bastante,
se le añade algún amante...
BELCEBÚ En clase de azucarillo.

LUCIFER ¡Qué refresco tan sencillo!
MEFISTÓF. El programa es alarmante,
mi cabeza está en un brete,
que de fijo mi señora
cumplirá lo que promete.
TODOS El programa es alarmante,
su cabeza está en un brete,
que de fijo la señora
cumplirá lo que promete.

LUCIFER Himeneo, Himeneo,
te estoy viendo y no te veo.
TODOS Himeneo, Himeneo,
te estoy viendo y no te veo.
MEFISTÓFELA Los demonios, por costumbre
son muy buenos fogoneros,
pero está una echando lumbre
y no saben ser bomberos.
Y el diablillo, que es un pillo
encargado del hornillo
al sacarnos del fogón,
cuando ve que estamos fritas
grita: ¡Cuántas, calentitas!...
BELCEBÚ Si el diablo será guasón.
LUCIFER Que así está más en sazón.
MEFISTÓF. El pregón es alarmante.
Mi cabeza está en un brete,
que de fijo mi señora
cumplirá lo que promete.
TODOS El pregón es alarmante,
su cabeza está en un brete
que de fijo la señora
cumplirá lo que promete.
LUCIFER ¡Himeneo, Himeneo,
te estoy viendo y no te veo.
TODOS Himeneo, Himeneo,
te estoy viendo y no te veo.

LILÍ Siempre a las órdenes de Vuestra Majestad.

Número 7.—(Rigodón).

TODOS

A bailar el rigodón,
como es de ceremonial;
pongan todos atención
que la novia va a danzar.

(*Todos bailan el rigodón.*)

MEFISTÓF. Como demonio todo, como marido, nada.

(*Musica final.*)

ACTO SEGUNDO

MARGARITA Muy bien, señor Doctor.

MUSICA.—**Número 1.**

MARGARITA, OCTAVIO Y EL DR. FAUSTO.

MARGARITA Son los nervios un azote
de la humanidad.
OCTAVIO Pues de ese azote haremos
nuestra especialidad.
MARGARITA Vendrán a nuestra clínica
neuróticos y atáxicos,
anémicos y abúlicos...
OCTAVIO Chifladas y chiflados.
MARGARITA Unos por la doctora...
OCTAVIO Otros por el doctor...
MARGARITA Unos muy aprensivos...
OCTAVIO Otros sin aprensión.
FAUSTO Y todos de sus males
harán la explicación,
unos a la doctora,
los otros al doctor.

MARGARITA No sé donde
siento no sé qué,
no sé cuándo ni sé cómo
me atacó
sólo sé
que muy mal
yo me encuentro
y es señal
que mi mal principal
está dentro.

OCTAVIO Si usted siente no sé dónde
no sé qué,
yo veré, yo estudiaré, yo palparé,
sólo sé
que tan mal
no la encuentro.
y es señal
que su mal principal
no está dentro.

MARGARITA Si te llama una señora
con urgencia y a deshora,
porque siente algún dolor,
diré al punto: No, señora,
la verá a usted la doctora,
porque siempre a una señora
que está enferma a cierta hora
le conviene una doctora
y es mejor
que un doctor,
mucho más si como ahora
la doctora es la señora
del doctor.

OCTAVIO Si me llama una señora
con urgencia y a deshora
porque siente algún dolor,
dirá al punto: No, señora,
yo no quiero a la doctora
porque nunca a una señora
que esta enferma a cierta hora

le conviene una doctora
ni es mejor
que un doctor,
aunque sea como ahora
la doctora la señora
del doctor.

FAUSTO El que llama a cierta hora
porque siente algún dolor
al doctor,
por su mal
no distingue de color
y al señor o a la señora
a esa hora le es igual
el doctor que la doctora
la doctora que el doctor.

TODOS Son los nervios, los nervios, los nervios
un azote de la humanidad
y los nervios explican mil cosas
que nada en el mundo podría explicar.

FAUSTO Explican rarezas,

MARGARITA Explican caprichos,

OCTAVIO Explican locuras,

FAUSTO Explican el hipo.

OCTAVIO Explican que yo en este instante
de amor delirante
te quiera besar...

MARGARITA Y explican que yo, ruborosa,
de puro nerviosa
me deje abrazar.

OCTAVIO Explican que yo al estrecharte
no quiera soltarte
y empiece a bailar.

MARGARITA Y explican que yo con el susto
aun siendo a disgusto
me deje llevar.

FAUSTO Es un baile nervioso, nervioso,
y al fin contagioso,
no cabe dudar.

que los nervios, los nervios, los nervios,
son siempre un azote de la humanidad.

FAUSTO No lo creo... Aún lo dudo.

Número 2.

(*Orquesta sola. Tormenta.*)

MEFISTÓF. El doctor Fausto sea conmigo.

Número 3.

(*Música durante el obscuro.*)

MEFISTÓF. Me dispongo a ser seducido.

Número 4.

(*Tema para la salida de Mefistófela.*)

MEFISTÓF. Pero, ¡qué femenino!

Número 5.

MEFISTÓFELA y MEFISTÓFELES.

MEFISTÓF. Yo no sé lo que siento a tu lado
mujer sin igual,
sé que estoy trastornado y me has dado
un filtro infernal.
Al mirar de tus ojos gatunos
me has hecho feliz...
Porque siento al mirarte
una cosa que yo no sentí.

MEFISTÓFELA Yo ni encantos ni filtros he usado
ni magia infernal,
si a mi lado ya estás trastornado
es muy natural.
La experiencia de toda tu ciencia
cedió a mi poder,
porque tú eres un sabio muy tonto
y yo soy mujer.

MEFISTÓF. Y hay que ver
qué mujer...
MEFISTÓFELA Hay que ver
que me miras con miedo...
MEFISTÓF. Es que nada hay más triste en el mundo
que el quiero y no puedo.
MEFISTÓFELA Pues querer
es poder...
MEFISTÓF. ¿Qué he de hacer
si no soy un muchacho?...
MEFISTÓFELA Aún estás para dar mucha guerra...
MEFISTÓF. Ya no soy más que un gran mamarracho.
MEFISTÓFELA No me llores
doctorcito,
que aún estás muy tiesecito,
ya verás cómo te quito
viejecito
seductor
con mis manos
las canitas
las penitas
con mi amor.
MEFISTÓF. Con tus ojos
me enajenas,
fuego corre por mis venas
y mi pecho es un volcán.
Quita al viejo seductor
con tus manos las canitas,
las penitas con tu amor.
MEFISTÓFELA ¡Ay, doctor!...
MEFISTÓF. ¡Qué placer
ya me siento rejuvenecer.
MEFISTÓFELA ¡Ay, doctor! ¡Ay, doctor!...
MEFISTÓF. Medio siglo me quita tu amor.
y no eres hermosa...
MEFISTÓFELA Se estima el favor...
MEFISTÓF. Pero eres peor...
porque eres bonita
como una gatita

traviesa y mimosa,
que ya entre sus uñas
de nácar y rosa
igual que con un pobre ratón
jugueteas con mi corazón.

MEFISTÓFELA Yo soy la gatita
y tú el ratoncillo.
le atrapo...

MEFISTÓF. Y me sueltas,
me escapo...

MEFISTÓFELA Y te pillo.
y ya el pobrecillo
no puede escapar...

MEFISTÓF. Y con su hociquillo
te quiere besar.

MEFISTÓFELA Pero eso es faltar...

MEFISTÓF. ¿Y qué dices tú...

MEFISTÓFELA Pues yo digo, ¡miau!,
por no decir, ¡fu!

MEFISTÓF. ¡Miau, miau, miau!...

MEFISTÓFELA ¡Fu, fu, fu!...

LOS DOS Con tus ojos me enajenas
fuego corre por mis venas
y mi pecho es un volcán.
quita
quito al viejo seductor.
con tus
con mis manos las canitas
las penitas con tu amor.

MEFISTÓF. Y mejoremos de posición.

Número 6.

(*Repetición del tema para la transformación por obscuro.*)

MARGARITA Octavio, no puedes ir.

Número 7.

(*Final.*)

ACTO TERCERO

(Al levantarse el telón bailan los últimos compases de un minué.)

y... hasta ahora, como tú dices

Número 1.

(Vals pianísimo en la orquesta, durante el diálogo.)

Y el verdadero champagne también. No bebas más.

Número 2.

(Mefistófela, Mefistófeles, Condenados y Sirenas.)

MEFISTÓF. Es el champagne
como el amor y el mar traidor
engañador
como un cariño de mujer,
y alegre al parécer
es triste al apurar,
que siempre es triste al corazón
el recordar una pasión
que fué su gloria
y su ilusión.

MEFISTÓFELA Es el champagne
como el amor y el mar traidor,
pero mi amor
no es el cariño de mujer,
que eterno al parecer
es fácil olvidar,
que no podrá mi corazón
olvidar nunca esta pasión
que fué su gloria
y su ilusión.

MEFISTÓF. No bebas y toca la copa
no más con tu boca
y a besos sabrá,
y el sabor de tus besos en ella
me embriagará.
MEFISTÓFELA Ya besan mis labios la copa
y en ella mi boca
un beso dejó,
y al sabor de mis besos tu pecho
de amor se encendió.
MEFISTÓF. Como la espuma del champagne
será mi amor;
a tu cabeza subirá
para alegrar tu corazón.
MEFISTÓFELA Como las olas de ese mar
será mi amor;
te mecerá, te arrullará
para dormir tu corazón.
VOCES (Dentro.) ¡Condenación, condenación!
Diablesa precita,
del Infierno por siempre maldita
por haber faltado a tu obligación
¡condenación, condenación!
MEFISTÓFELA ¿Qué es eso? ¿No oiste?
¡Qué espanto! ¡Qué horror!
estamos perdidos...
MEFISTÓF Me da compasión,
mi pobre diablesa,
no tengas temor,
yo nada oí...
VOCES ¡Condenación!
MEFISTÓFELA Me muero de espanto...
MEFISTÓF. Me da compasión...
Yo haré que otras voces más dulces
devuelvan la calma a su corazón.
SIRENAS (Dentro.) Canta, Sirena encantadora
la canción halagadora
que a los náufragos perdió
por los mares de la vida,

por los mares del amor.
¡Canta, Sirena, canta
una canción que encanta!
¡Canta, Sirena, tu canción!...

MEFISTÓFELA Vuelve la calma al corazón...

SIRENAS ¡Canta, Sirena, canta tu canción
que a los náufragos encanta
por los mares de la vida
por los mares del amor!
¡Amor, amor, amor!
todo de amor te cantará
los espíritus del aire
y las sirenas del mar.

MEFISTÓFELA Ya vuelve la calma a mi corazón.

VOCES ¡Condenación, condenación!...

MEFISTÓFELA Oiste de nuevo las voces tremendas...

MEFISTÓF. No tengas temor
si te tengo en mis brazos;
¿quién puede robarme tu amor?...

SIRENAS ¡Amor, amor, amor!...
todo de amor te cantara
los espíritus del aire
y las sirenas del mar.

MEFISTÓF ...para dejarte a solas con él.

Número 3.

(La orquesta repite el tema de las transformaciones.)

Y es que estoy desempecatada.

Número 4.

(Raconto de Mefistófela.)

MEFISTÓFELA Cuando en el mundo fuí mujer,
no sé por qué razón,
sólo al pensar que a un hombre había de ser
mi corazón, [fiel

me entraba así... una desazón,
que sin poderlo remediar
le había de engañar
sin reparar con quién.
Y ahora que tengo obligación
de seducir y de engañar,
me ha dado por querer
a un hombre que ha de ser
mi perdición;
y es que sin duda en la mujer
siempre ha de haber
contradicción.
Y aunque lo mande Lucifer,
una mujer
siempre ha de ser mujer.
Yo vine aquí para tentar
pero el demonio lo enredó
y al cabo vino a resultar
que la tentada he sido yo.
No quiero más diablesa ser;
para gozar y padecer
prefiero ser mujer
que es lo mejor,
porque ni el mismo Lucifer
con todo su poder,
podrá vencer nunca el amor
de una mujer.

MEFISTÓF. ¡Lucifer ha llegado a la tierra!

Número 5.

(Obscuro y se reproduce el tema de salida de Mefistófeles.)

MEFISTÓFELA Angel, demonio y mujer.

(Para final)

Los seis últimos compases del Preludio del primer acto.

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.

Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem íd.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.

Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducida.)
La Ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados*.)
De pequeñas causas.
El Mal que nos hacen, comedia en tres actos.
Los Cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

PRECIO: 2,50 PESETAS